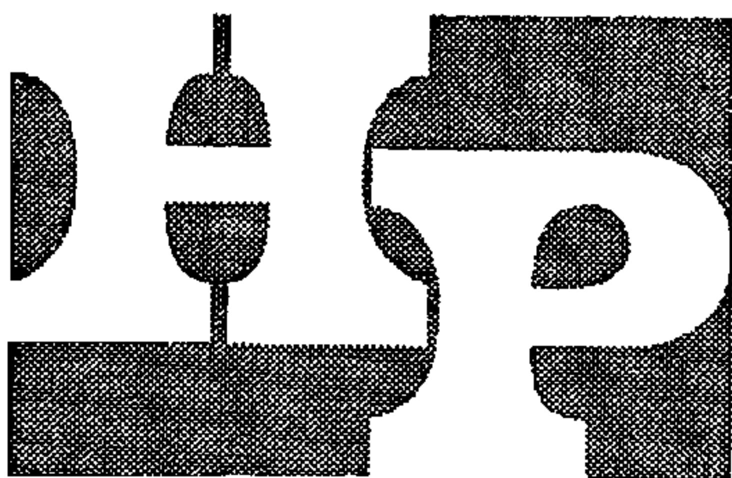


Keith Luger

los desesperados





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

LOS DESESPERADOS

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 438
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B 10023-1978

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: mayo, 1978

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

PREFACIO

En 1868 el Gobierno de los Estados Unidos acordó establecer una reserva india al norte del Gran Lago Sagrado, en el territorio que hoy forma parte del estado de Idaho.

Por aquel tiempo, aquellos confines estaban sólo habitados por algunas tribus sioux y los cazadores de búfalos, seres individualistas, que vivían en condiciones extremadamente duras. El Gobierno creyó oportuno que estos cazadores fueran informados de que no se toleraría su intromisión en la nueva reserva y a este fin les fue enviado un inspector desde Fort Hall. Por un azar del destino, este hombre se encontró envuelto en una terrible aventura, la cual es objeto del presente relato.

Es justo que el autor señale la ausencia total en su narración de lo que en términos cinematográficos se llama «efectos especiales». Se ha limitado a seguir la trayectoria lógica de los acontecimientos tal como les fueron contados por míster James Simpson, bibliotecario de la Escuela Municipal de Minidoka, Idaho, a quien expresamos nuestro agradecimiento, el cual hacemos extensivo a míster Randolph Euwe, abogado de Clayton, Idaho, por la extrema atención que tuvo al puntualizarnos algunos detalles, sin los cuales, esta historia habría sido incompleta.

KEITH LUGER

CAPÍTULO PRIMERO

Pierre Laffite contempló desde la cumbre del monte el campamento que se levantaba abajo en la orilla del lago Aberdeen. Sus ojos fueron contando las tiendas de piel de búfalo y cuando hubo terminado, soltó una maldición. Esta vez, él había sido el último en llegar, lo cual equivalía a realizar un mal negocio. ¡Aquella maldita fiebre lo había retenido tres días en un ventisquero!

Daba por descontado que Paul Ray pretendería lograr por sus pieles el más bajo precio. Paul echaría mano a la excusa de que su almacén estaba lleno de mercancía.

Cerca de una de las tiendas había fiesta. Podía distinguir a Charles Minelli tocando la guitarra y a los demás bailando. Allí estaba el jactancioso de Danny Roberts que, como siempre, habría hecho el mejor negocio. Y como no podía ser menos, en aquel momento danzaba con Marion Wallis, aunque era fácil prever cómo acabarían los dos. Danny intentaría besar a Marion y ésta le daría una de sus estupendas bofetadas.

El corazón le dio un vuelco al distinguir a Sam, el padre de Marion, sentado en una piedra contemplando a su hija mientras, de vez en cuando, le sacaba gusto a una botella de *whisky*.

No quiso ver más. Hacía dos meses que se le había acabado su ración. ¡Santo cielo! Y pasó tres días de fiebre sin poder llevarse un mal trago de *whisky* a la boca. Había prometido que en cuanto vendiese sus pieles a Ray cogería una buena borrachera. Pero ahora pensaba que no iba a ser nada fácil conseguir un buen precio de aquel maldito comerciante.

Echó una mirada atrás contemplando su recua de ocho caballos y, encontrándolo todo conforme, empezó a descender por la ladera, una alfombra verde salpicada de margaritas. Al pasar cerca del

grupo, junto a la cabaña de Ray, interrumpieron el baile. Marion Wallis dio un empujón a Danny y corrió a su encuentro, gritando:

—¡Si es el condenado de Pierre!

Laffite se atusó el bigote y lamentó que su indumentaria no fuese la más apropiada para recibir con todos los honores a la muchacha más linda que vivía al oeste de San Luis.

Pierre sabía que ella saltaría y sólo tuvo tiempo de asirla en el aire y levantarla.

Marion, con su rostro moreno, atezado por mil soles, brillándole los ojos verdes, lanzó una carcajada de jolgorio y dijo:

—¿Dónde quieres que te bese, Pierre? ¡Si no tienes una pulgada de tu cara sin pelo!

Laffite le ofreció la frente y ella lo besó sonriendo. Luego la dejó suavemente en tierra y ella se puso en jarras, en aquélla su actitud tan característica. Vestía traje de cazador, como un hombre.

—¡Por todos los infiernos, Pierre! Creíamos que te habías muerto.

—¿Muerto yo? Es lo que desearían algunos. Pero soy un viejo oso, al que le quedan aún muchas lunas de vida.

—¿Dónde te metiste esta vez? Mi padre y yo trazamos una curva en nuestro camino porque pensábamos que te hallarías en la llanura del Diablo.

—Permanecí allí solamente cinco días. Esos malditos búfalos renunciaron a la hierba de la llanura. Invertí más de un mes en dar con su nueva dehesa.

Marion echó una ojeada a los cargados caballos y dijo:

—Y por lo que veo no has perdido el tiempo.

—De nada me va a servir si Ray os ha comprado ya vuestras partidas.

La joven apretó sus labios al oír el nombre de Ray.

—¡Ese condenado usurero! —rezongó—. Quiso pagarnos a cuatro dólares la piel.

—¡No! —exclamó Pierre con un gemido.

—Pero conseguimos que subiera a seis.

—¡Santo cielo! El año pasado las pagó a ocho.

—Dice que San Luis está atiborrado de pieles del Canadá. Los cazadores franceses tienen unos nuevos rifles de repetición y están diezmando las manadas.

—Ray siempre tiene una excusa. —Pierre dirigió una mirada hacia la cabaña del comerciante y vio a éste de pie junto a la puerta fumando su eterna pipa.

Ray, huesudo, delgado, estaba contemplando los ocho caballos de Pierre y cuando se encontró con los ojos de éste, dio media vuelta y se metió dentro de su negocio.

—¡Maldito sea! —exclamó Laffite—. ¿Has visto, Marion? ¡Ni siquiera me ha saludado!

Danny Roberts llegó andando elásticamente. Estaba recién afeitado y se cubría con un traje que indudablemente acababa de adquirir a Ray.

Pierre le observó e inquirió burlonamente:

—¿Dónde he visto yo antes a este lechuguino?

Marion lanzó una carcajada divertida y Danny ensombreció por un momento su rostro, pero luego volvió a distender los labios y dijo:

—¡Intenta quitarme la novia y te la ganas, Pierre!

Marion le miró iracunda.

—¿Quién es tu novia? ¡Anda di!

Se acercó a él y le dio un empujón que lo hizo trastabillar y estuvo a punto de caer al suelo, mientras Laffite rompía a reír con todas sus fuerzas.

Sam Wallis y Charles Minelli se aproximaron también. El padre de Marion seguía sosteniendo la botella de *whisky* entre las manos. Pierre echó una ojeada a ésta y sintió las fauces secas.

—¡Demonios, Sam! ¡Cuánto me alegro de verte!

Y al decir esto no apartaba la mirada del *whisky*.

—¿De veras, muchacho? —dijo Sam, riendo—. ¿A mí o a la botella?

Y sin esperar una respuesta se la lanzó al aire. Pierre la cogió y tras pasarse la sucia manga por la pelambrera que rodeaba su boca, aplicó ésta al gollete y bebió dos largos tragos. Luego se pasó la lengua por los labios.

—¡Por los cien mil búfalos del Valle Ignorado! ¡Es el mejor *whisky* que he bebido en los dos últimos meses!

Charles Minelli, de baja estatura y piernas arqueadas en forma de paréntesis, rasgueó la guitarra y empezó a cantar:

«Sabía a ratas y a pezuñas el whisky,
pero el buen muchacho dijo que era bueno,
lo más bueno que había bebido en mucho tiempo.
La cuestión estaba en que llevaba ocho semanas
sin probar una gota del dulce néctar…»

Cuando hubo terminado de cantar se tuvo que coger los riñones porque su risa espasmódica amenazaba con hacerle perder el equilibrio. Todos corearon sus carcajadas a excepción de Pierre, el cual, con el ceño fruncido, le dirigió una terrible mirada, mientras le amenazaba:

—¡Un día de estos romperé la guitarra en tu cabeza, Charles Minelli! ¡Maldito engendro de un búfalo borracho!

Luego, Laffite devolvió la botella a Sam y prosiguió su camino hacia el lugar donde se hallaban las demás tiendas para levantar la suya. Cuando se detuvo giró la cabeza y vio que sus compañeros habían reanudado la fiesta. Danny bailaba otra vez con Marion, Minelli rasgueaba la guitarra y el viejo Sam batía palmas y de vez en cuando se interrumpía para echar un trago largo de la botella. El viejo cuadro de siempre. Los cazadores de búfalos en su única semana anual de jolgorio.

Descendió de la silla y antes de ponerse al trabajo dirigió una aviesa mirada a la tienda de Ray.

Bien; tarde o temprano tendría que enfrentarse con el comerciante. Ray se imaginaría que llegaba sin un centavo y con muchas ganas de coger una buena curda. ¡Maldita sea! Podía apostar a que le ofrecería tres dólares por cada piel, en cuyo caso, con mucho trabajo, conseguiría cuatro. Quizá le convendría esperar. Después de todo, allí tenía a Marion. Era una buena chica y se haría cargo. Se las arreglaría para que ella le diese de comer y al viejo Sam le gustaba compartir su *whisky* con los demás. Esperaría unos días para ver de qué lado soplaba el viento y entonces, haría su negocio.

Animado con estos pensamientos, se dispuso a levantar la tienda. Cuando terminó el trabajo dirigió la mirada hacia la otra orilla del lago y observó que estaba ocupada por la tribu de Nube Roja. También aquellos condenados indios sioux habían venido a comerciar con Paul Ray. Sí, seguramente tenía el almacén repleto

de pieles de búfalo. Soltando una imprecación se acercó al lugar en que se encontraban Charles Minelli y Sam Wallis.

Faltaba poco para que se pusiera el sol.

Marion y Danny no paraban de bailar. Pierre sabía que Danny pretendía cansar a la joven. Probablemente contaba con atenazarla entre sus brazos cuando apareciese la luna sobre el lago.

Sam lo miró frunciendo el ceño y preguntóle:

—¿Es que no vas a ofrecer tus pieles a Ray?

—Lo haría si supiese que me iba a pagar lo mismo que a vosotros. Pero ese apestoso canalla querrá que le entregue mi mercancía a un precio ruinoso.

—De todas formas, te tendrás que conformar. Al fin y al cabo, has llegado el último. Es la costumbre entre nosotros. El que se demora, tiene que apechugar con las consecuencias.

—Es una cochina costumbre que le conviene a Ray. ¿Es que va a vender mis pieles y las tuyas a distinto precio?

Sam Wallis se rascó la abundante pelambrera de la cabeza y luego dijo:

—Bueno, muchacho, después de todo, es asunto tuyo; pero mi consejo es que no busques camorra con Ray. Si él se fuese de aquí, el año próximo tendríamos que hacer un recorrido de trescientas millas más para vender nuestras pieles. Nos hizo un favor instalando aquí su cabaña.

—¡Y un cuerno! Fue por su propio interés. En Fort Hall, nos darían un dólar y medio más, por lo menos, por cada pellejo. ¿Es que no valdría la pena hacer esas trescientas millas? ¿Es que acaso Ray pasa aquí todo el año? No, él sólo se deja caer por el lago cuando estamos a punto de llegar y luego se marcha con todo lo suyo, dejando la cabaña vacía. Quisiera verlo cada vez que abandona este lugar. Sí, Sam; se reirá de nosotros, de ti, de mí y de todos los demás.

—¿Qué clase de mosca te ha picado, Laffite? Llevas seis años viniendo aquí, lo mismo que yo. ¿Es que no te gusta la profesión ya? Si es así, te escupiré a la cara y te juro que, aunque soy viejo, aún puedo pegarte unas patadas en las posaderas.

—No se trata de eso, pero tuve mucho tiempo para cavilar mientras me comía la fiebre en Barranco Negro. —Laffite hizo una pausa y luego prosiguió, mirando la cabaña del comerciante—:

¿Has pensado alguna vez en lo que somos y en lo que es él?

—¡Al diablo con eso!

—No, Sam. Si tú dejases de cazar búfalos, no tendrías para comer. ¿Por qué? Es sencillo. No has podido ahorrar ni un solo centavo en veinticinco años que llevas tirando por esas praderas. Lo mismo me pasa a mí y a todos los demás. ¿Y qué ocurre con Ray? El apareció por Fort Hall hace siete años, se olió que aquí estaba su filón y construyó esa cabaña. Desde entonces no ha dejado de comerciar con nosotros. Siempre nos paga a regañadientes sus sucias monedas, que luego van a parar de nuevo a sus bolsillos, porque es a él a quien compramos nuestras provisiones. ¿Te das cuenta?

—¡Muchacho! —dijo Sam, mirándolo escrutadoramente—. ¿Sabes lo que pienso?

—¿Qué?

—Que todavía no has soltado las fiebres o que ellas te han dejado mal de la cabeza.

—¿De veras? ¡Pues escucha lo que te digo, viejo puma desdentado! Cualquier año que vengas aquí con tus pieles, encontrarás esa cabaña cerrada y, ¿sabes por qué? Porque Paul Ray se habrá cansado de todos nosotros y estará en San Luis viviendo a lo grande en una estupenda casa, con dos coches y media docena de criados, y puedes estar seguro de que no tendrá que preocuparse para el resto de sus días. Y acuérdate de lo que te digo. Se reirá recordando que todos sus miles de dólares los debe a nuestro sudor.

Charles Minelli, que no había dejado de tocar la guitarra, empezó a cantar:

«*¡Oh, miren al estúpido cazador de búfalos!*
Mató a una enorme manada.
Sacó más de mil pieles,
y le sirvieron para vestir a otro.»

Sam Wallis lanzó una carcajada y estuvo a punto de caerse de la piedra en que se hallaba sentado.

Pierre Laffite señaló con el dedo índice a Minelli, mientras sus ojos despedían llamaradas.

—¡Eres un bastardo, Charles! —exclamó—. Y el día menos pensado voy a hacer enmudecer tu garganta para siempre.

Marion y Danny se acercaron a ellos riendo.

—¿Qué te pasa, Pierre? —preguntó la joven.

—Que se nos ha vuelto filósofo —exclamó su padre—. Y es lo peor que le puede ocurrir a uno en nuestra profesión. Si se empieza a hablar solo, ya puede considerarse uno perdido.

—¿Quién dice que hablo solo? —exclamó Laffite.

—Anda, toma otro trago y verás cómo te sientes mejor —le invitó Sam.

Pierre observó la botella al trasluz y le gustó el color del *whisky*. Sólo quedaba un dedo y lo apuró hasta la última gota. Luego dejó caer la botella al suelo, vacía, se secó la boca con la manga y dijo:

—Aquí falta alguien. ¿No dijiste que yo había sido el último, Sam? ¿Y Duke Fox?

—Esta vez fue el primero en llegar. Nada menos que tres semanas antes que Danny Roberts. Tenía mucha prisa.

—¿Por qué?

—Le había atacado el mal de la soledad. Según nos contó, si hubiese permanecido un mes más sin compañía se habría vuelto loco.

La boca de Laffite se distendió en una sonrisa, mostrando unos dientes blancos y bien alineados.

—Conque el duro de Fox se nos ha ablandado…

—Igual que una galleta —convino Charles Minelli, y fue a cantar algo, pero la fulminante mirada que le dirigió Laffite le obligó a callar.

—Por eso Duke está dispuesto a no tener otra recaída —explicó Sam—. En estos momentos se encuentra en la otra orilla del lago pidiendo a Nube Roja la mano de una de sus hijas.

—¡No! —exclamó Pierre.

—Puedes jurarlo con la mano puesta sobre la Biblia.

Laffite se quedó un rato mirando adonde se encontraba la tribu acampada y echóse a reír.

—¡Duke Fox casado con una india! ¡Eso sí que es bueno! Creo que nos vamos a divertir antes de que nos separemos.

—¿Tú crees? —intervino Danny Roberts—. Duke te tiene ganas y, si te pones pesado con tus bromas, es seguro que tratará de darte

un escarmiento.

—¡Estupendo! Yo también esperaré con ansia ese instante.

Paul Ray salió de su cabaña y echó a andar hacia ellos. Cuando llegó ante el grupo, dirigió una mirada a Laffite y se llevó la pipa a la boca sin saludarlo.

Pierre escupió y miró escrutadoramente al comerciante.

—¿Has chupado ya la sangre a mis compañeros y quieres también la mía, Ray?

La atmósfera se puso tensa. Ray se quitó la pipa de la boca y repuso:

—Para empezar no has hecho mal negocio, Pierre. Una borrachera gratuita —y luego de decir esto pegó una patada a la botella vacía que había en el suelo.

Laffite endureció los músculos del rostro.

—¿Qué esperas, Ray? ¿Qué te entregue tres pieles por cada una de tus nauseabundas botellas de *whisky*?

—El que te ha ofrecido Sam, ha salido de mi almacén y apuesto a que te ha gustado.

Del lado del lago en que acampaban los indios, llegó un tam-tam.

—¿Lo oís? —saltó Sam—. Apuesto a que a estas horas, nuestro querido amigo Duke está perdiendo su libertad.

—Se necesita estar loco para hacer una cosa así —contestó Pierre—. Ahora tendrá que soportar a esa mujer toda la vida. Nube Roja no consentirá que le repudie a su hija. Será divertido ver la cara de Duke el año que viene, cuando se haya cansado de su mujercita.

Ray se apartó del grupo, desentendiéndose de la conversación y se dirigió hacia el lugar donde se hallaban los caballos de Laffite, los cuales continuaban con su carga sobre los lomos.

Pierre lo vio examinar su mercancía y sonrió para sus adentros. Después de todo, como él suponía, aquel condenado comerciante, estaba interesado en sus pieles. Esperó que regresase para pedirle un buen precio, pero Ray continuó andando hacia su cabaña. Charles Minelli, que había seguido la dirección de los ojos de Laffite, soltó una carcajada.

—Sí, amigo Pierre —dijo, cuando éste le miró—. Ray creo que te va a hacer pasar un mal rato.

—Déjame en paz —dijo Pierre, y se volvió a su tienda.

Todos los demás se dirigieron hacia la cumbre del monte para ver lo que ocurría en el campamento indio.

Durante la siguiente media hora, Pierre se ocupó en dejar libres los caballos y en amontonar dentro de su tienda las pieles que había conseguido durante la temporada de caza.

Hizo varios grupos con ellas, aunque sabía que de nada le iba a servir, puesto que, tanto si las vendía a Ray como si tenía que ir a Fort Hall para ello, le ofrecerían un precio por unidad, sin hacer diferencias de calidades. Pero todos los cazadores hacían lo mismo a este respecto y él no era una excepción. Les gustaba exhibir las piezas mejores para demostrar que conocían el oficio.

Estaba ocupado en este trabajo cuando oyó de nuevo la guitarra de Minelli acompañada de un gran alboroto.

Salió de la tienda y entonces vio a los novios.

Duke Fox acababa de bajar del caballo y tenía en brazos a su mujer, a la hija de Nube Roja. Sam Wallis, Minelli y Roberts le felicitaban gastándole bromas.

De pronto, Duke le vio a él y borró la sonrisa de los labios. Pierre echó a andar parsimoniosamente y cuando llegó ante los recién casados, se quedó un tanto confuso, contemplándola a ella. Jamás la había visto antes de ahora, pero podía asegurar que no había otra india más hermosa en mil millas a la redonda. No tendría más de diecisiete o dieciocho años y era morena, de cabellos negros y ojos grandes rasgados. El gigantón de Duke la sostenía en sus brazos con la misma facilidad que si fuera una pluma.

—¿Qué tal, Pierre? Ya me han dicho éstos que has hecho una buena caza.

—Tú también, al parecer —contestó Pierre, y sus ojos no se apartaban del rostro de la india.

Duke rió fuerte.

—¿Habéis oído? Es un chiste. Pierre nunca pierde el buen humor.

Duke dejó a su mujer en el suelo y la presentó a todos como si estuviese exhibiendo un buen ejemplar de potranca.

—Ésta es Manitobi, amigos míos. Mi maravillosa mujercita a partir de hoy.

La india bajó los ojos, en tanto sus labios parecían sonreír.

Marion se adelantó a ella y la sujetó por un brazo.

—Manitobi —dijo jovialmente— desde hoy quiero que me trates como si fuese tu hermana. Yo soy Marion Wallis.

—Gracias, Marion —repuso la joven esposa.

—¡Demonios! ¿Habla perfectamente nuestro idioma? —preguntó Minelli.

—Desde luego que sí —respondió ufano Duke, poniendo las manos en los riñones—. Si no, ¿de qué forma hubiese conseguido no estar solo?

Todos rieron.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó Wallis—. Esto hay que celebrarlo.

—Seguro que sí, amigos —convino Duke—. Ya podéis empezar. Yo voy por el líquido.

Se inclinó sobre su esposa y la besó en la comisura de la boca.

Manitobi coloreó sus mejillas.

Charles Minelli empezó a tocar su guitarra y Wallis a batir palmas. Danny Roberts, apuesto y correcto, invitó a bailar a Manitobi. No sirvió que ésta dijese que no sabía. El la tomó de un brazo y rodeándola por la cintura, se puso a dar vueltas.

Marion se acercó a Laffite.

—¿Es que no sabes hacer los honores a una dama?

Laffite la enlazó por el talle y ambos se lanzaron a la vorágine de la danza.

A poco regresó Duke con una botella de *whisky* en cada mano y miró sonriente a su mujer y a Roberts.

—Eh, Danny. ¿No te parece que es un poco pronto para quitármela?

—Descuídate y verás —rió Danny.

Manitobi hacía esfuerzos por seguir el ritmo que le marcaba su pareja.

Duke entregó una botella a Sam y en cuanto la descorcharon, Minelli dejó su guitarra en paz y los danzarines se acercaron para beber. Los hombres se pasaron las botellas de unos a otros. Sam sacó una pastilla de tabaco y le dio un mordisco. De pronto, al levantar la mirada, se quedó perplejo, viendo que en lo alto del monte cercano había un jinete.

—¡Eh, mirad eso, muchachos! —exclamó.

Todos dirigieron sus ojos al lugar que les indicaba.

—¿Quién será? —murmuró Marion.

—Quizá alguien a quien no le ha gustado que Manitobi se case contigo, Duke —sugirió Pierre.

—Apuesto a que es algún vagabundo —dijo Sam Wallis.

—¿De veras crees eso? —dijo Duke—. ¿A qué loco se le ocurriría vagabundear entre Fort Hall y Aberdeen?

El jinete se mantuvo inmóvil todavía unos instantes y luego empezó a descender hacia donde ellos se encontraban.

—¡Por todos los cuernos de los búfalos que he matado! —exclamó Sam—. Ese tipo me recuerda a alguien.

—¡No puede ser! —rezongó Minelli.

—¿Quién dice que no? —siguió diciendo Sam.

El jinete dejó ir ahora su caballo al paso y se fue aproximando lentamente.

—¡Es él! —chilló Duke.

—¡Gilbert Grahame! —Silabeó Sam, con voz ronca.

El jinete llegó ante ellos.

Debía haber cumplido ya los cuarenta años y era de fuerte constitución, moreno, de ojos azules y piel blanca. Vestía un traje de cazador bastante deteriorado. Su barba estaba muy crecida.

—¿Qué tal, muchachos? —preguntó, recorriendo a los presentes con una fría mirada.

Todos enmudecieron y la botella que Pierre Laffite tenía en la mano cayó al suelo. Al fin Sam rompió aquel pesado silencio:

—¿Es que te has escapado, Gilbert?

—No, Sam, no me he escapado. He cumplido mi condena. Me impusieron diez años, pero me han soltado a los seis por buena conducta. Allí es fácil ser buen chico —la boca de Grahame se abrió en una sonrisa.

—Nos alegramos mucho —dijo Sam.

—No lo parece. ¿Qué dices tú, Pierre? ¿Y tú, Danny? Veo que has engordado, Duke. ¿Continúas dando la lata con tu guitarra, Charles?

Ninguna de las preguntas encontró el eco de una respuesta. Todos estaban allí de pie, mirándolo como si fuese un fantasma. Gilbert detuvo sus ojos en Marion.

—¿No te acuerdas de mí, pequeña? —le preguntó—. Cuando me

despedí de ti eras sólo una niña. Siempre dije que cuando crecieses, serías algo digno de ver. Y vive Dios que no me he equivocado. Eres muy bonita.

—Gracias, Gilbert. Pero el caso es que me acuerdo de ti, aunque sólo te vi dos o tres veces cuando nos reuníamos en Fort Hall.

Gilbert observó ahora Manitobi.

—Es mi esposa —explicó Duke—. Me acabo de casar con ella. Es la hija menor de Nube Roja.

Gilbert sonrió.

—Me alegro mucho, Duke. Es bueno que los amigos sienten la cabeza.

Siguió otra embarazosa pausa.

—Está bien —dijo el recién llegado—. ¿Quién de vosotros me invita a pasar la noche en su tienda?

Aquellas palabras tensaron aún más la atmósfera. Nadie contestó.

—De acuerdo —dijo Grahame—. Ninguno de vosotros quiere pasar la noche con un asesino, el asesino de Josep
O'Connor.
Veré a ese Ray. Quizá él pueda resolver el problema.

Luego, Gilbert movió las bridas de su caballo y éste se dirigió hacia la tienda del comerciante.

El grupo se quedó estático durante un buen rato, todos con la cabeza vuelta, siguiendo con la mirada a Grahame. Una vez éste hubo desaparecido en el almacén de Ray, Laffite exclamó:

—¡No lo creería si no lo hubiera visto con mis propios ojos! ¡Gilbert ha vuelto!

—Bueno, ¿y qué? —dijo Duke—. Al fin y al cabo sólo le dieron su merecido. Nosotros no tenemos la culpa de lo que ocurrió. ¿Qué opinas tú, Sam?

—Siempre he creído que Gilbert regresaría. Os lo he dicho alguna vez. Un cazador es siempre un cazador, ocurra lo que ocurra, y por mi barba que Grahame es uno de los mejores que he conocido.

—¿Y crees que ha venido a cazar búfalos? —preguntó Minelli.

—¿Qué quieres decir? Aseguró que él no había matado a
O'Connor.

—¿Qué asesino confiesa su crimen? Sea como fuere, el jurado le

condenó.

—Pero fue tu declaración la que le llevó a la cárcel. ¿No lo recuerdas, Laffite?

—Yo dije lo que había visto.

—Nadie te acusa de que lo inventases —le contestó Minelli—. Pero lo cierto es que, sin tu testimonio, Gilbert hubiera sido absuelto.

—¿Por qué no os calláis de una vez? —dijo Sam—. Será mejor que nos comportemos con él como si nada hubiese ocurrido. Es lo que les pasa siempre a los que han pagado un delito. No quieren recordar su pasado. Gilbert fue siempre una buena persona y todos sabemos la clase de bicho que era
O'Connor.
Admitiendo que Gilbert le matase, ya ha pagado su deuda. Ha venido a cazar de nuevo, a vivir en la pradera.

—Pareces estar muy seguro —dijo Minelli—. ¿Y por qué viene sólo con el caballo que monta? ¿Adónde va a transportar las pieles?

—Es cierto —admitió Laffite, con voz preocupada—. Si pretendiese cazar, hubiese traído una recua con él.

—Parecéis tontos —reconvino Sam—. ¿Y si lo que trae es dinero? Puede comprar los caballos a los indios.

Minelli y Laffite se miraron convencidos de que Sam hablaba correctamente.

—Bueno —dijo Duke—. ¿Es que vamos a interrumpir la fiesta? Todavía están por la mitad las botellas.

—Salvo la que se le ha caído a Pierre —repuso Minelli—. Ésa se ha vaciado.

Y a continuación cogió su guitarra y empezó a cantar:

> «*Había unos novios muy felices y todos reían con ellos.*
> *Hasta que llegó un resucitado y salieron huyendo espantados.*»

Duke y Manitobi se pusieron a danzar y Danny y Marion, no tardaron en imitarles. Minelli, Sam y Laffite se sentaron en las grandes piedras que había cerca, contemplando a los danzarines. Pero Pierre, de vez en cuando, echaba una mirada a la cabaña en

que se hallaba el hombre que, tras seis años de cumplir una condena por homicidio, había vuelto a Aberdeen.

CAPÍTULO II

El sol empezaba a ocultarse y el lago parecía teñido en sangre.

Marion Wallis llegó corriendo junto a Laffite y se dejó caer en la hierba, jadeante. Danny Roberts se acercó, mirándola.

Laffite observó sus ojos. Estaba seguro de que Danny trataría de alejarla del campamento. Estaba loco por ella. Todos lo sabían, incluso Marion.

Danny pasaba un verdadero calvario durante todo el año, esperando que llegase la primavera para volver a Aberdeen con sus pieles. Mas no era la venta de éstas lo que le preocupaba, sino la respuesta que recibiría de Marion. Siempre era negativa, pero él insistía una y otra vez, pensando que al fin Marion sería suya.

—¿Qué te pasa, Pierre? —dijo ella, levantando la cabeza—. ¿Por qué no desfrunces el ceño?

Laffite la contempló unos instantes arrobado. ¡Si ella supiera que también él la quería! Pero no, Pierre Laffite no contaba. Probablemente, Marion le consideraba como un ser incapaz de sentir por ella algo más que amistad.

Vio sus grandes ojos inundados de luz, sus labios rojos, distendidos, frescos, deseables, su cuello magnífico y él comienzo del incipiente seno en el escote triangular de la blusa a cuadros. Si hubiera estado solo con ella la hubiese cogido entre sus brazos y besado su boca con toda la ferocidad acumulada en los cuatro años transcurridos desde el día en que llegó a la conclusión de que para él no existiría otra mujer que Marion Wallis.

—Pierre está pensando en sus pieles —oyó decir a Danny y aquellas palabras le volvieron a la realidad.

Observó a Danny. Era alto, guapo, de fuerte constitución, joven, y él, Laffite, estaba ya por los cuarenta y cinco años, era rechoncho

y andaba igual que un oso. Ellos lo sabían y se reían de él a veces. No, nunca podría competir con Danny, pero ya había jurado una vez, y lo volvía a hacer ahora, que Marion Wallis nunca sería de Danny Roberts.

—Sí —contestó y se puso en pie—. Creo que es un buen momento para hablar con Ray.

Cuando echó a andar hacia la cabaña, Marion le dijo jovialmente:

—¡Suerte, amigo, y pega fuerte! No te dejes avasallar.

Laffite volvió un instante la cabeza y la vio mirándole. No, nunca sería de Danny Roberts. Antes lo mataría.

Cuando penetró en la cabaña se dio cuenta de que Ray y Gilbert interrumpían su conversación.

Ray tenía bien provisto el almacén. Hacía todo lo posible porque los cazadores encontrasen allí cuanto necesitasen: ropa, provisiones, y hasta tenía un cajón con cuerdas de guitarra para Charles Minelli. Laffite sonrió. El cuervo no podía permitir que estuviesen descontentos.

Se detuvo frente a ellos y sobrevino un largo silencio. Al fin Ray se apartó la pipa de la boca y dijo:

—Has tenido un buen año, ¿eh, Pierre?

—No me puedo quejar. Conseguí dar con el escondite de una manada y no me separé de ella en tres semanas.

—Me alegro. ¿Cuántas pieles?

—Ciento setenta y cinco.

—A tres dólares cada una, es una buena cantidad. Son quinientos veinticinco dólares.

—Pero a seis, es una cantidad mejor. Exactamente el doble. Mil cincuenta dólares.

Hubo una pausa y Ray meneó la cabeza en sentido negativo.

—No, Laffite.

—¿Por qué no?

Gilbert Grahame se apartó del comerciante dirigiéndose al fondo de la tienda, donde se puso a examinar varias chaquetas de piel de búfalo que había colgadas de la pared.

—Tú lo sabes, Laffite —dijo Ray—. Pero por si acaso, te lo explicaré. He comprado ya más de lo que puedo colocar en San Luis. Los cazadores franceses os están haciendo una competencia

terrible. Ellos tienen rifles mejores que los vuestros. Me contaron que cualquiera de ellos puede hacer al final de la temporada hasta doscientas cincuenta pieles. Y hay algunos que llegan hasta trescientas.

—A mí también me han dicho que ellos disparan con rifles de repetición.

—¿Y qué? Lo que importa son los resultados. Esto es lo que atañe a mi negocio. Ten por seguro que este año, en San Luis, estarán muy difíciles las cosas.

—¡Y un cuerno! —Los ojos de Laffite brillaban intensamente—. Tú sabes perfectamente que me estás mintiendo.

—¿Por qué había de hacerlo?

—A Sam Wallis y a los demás les has comprado las pieles a seis dólares.

—Fue porque llegaron antes que Nube Roja y los suyos. Ellos me han proporcionado mil quinientas pieles. ¿Quieres verlas ahí dentro? Tengo el secadero completamente lleno y en el almacén están esperando su turno más de medio millar. ¿Crees que voy a pasar aquí toda la primavera? Perdería mi gran oportunidad. Debo estar en San Luis para mayo. —Ray hizo una pausa y añadió—: Pero voy a hacer una excepción contigo, Laffite. Cuatro dólares por piel y no se hable más.

—¡Maldito perro! —rugió Pierre.

—¡No consiento que me insultes! Si no te conviene el precio, das media vuelta y te largas. Te queda un recurso. Ir a Fort Hall. Nadie te obliga a venir aquí. Es posible que allí te den lo que tú quieres.

Laffite sabía que en Fort Hall no haría un buen negocio. Los comerciantes de allí, al verle aparecer, pensarían que había reñido con Paul Ray y por lo tanto, pretenderían adquirir su mercancía a un precio más bajo de los tres dólares, porque después de Fort Hall, ya no había ningún mercado para los cazadores.

—¡Eres un cerdo inmundo, Ray! —exclamó, haciendo rechinar los dientes.

—¡Márchate de aquí!

—¡Lo haré cuando te haya desencuadernado!

Ray retrocedió temeroso. Sabía que no tenía nada que hacer con Laffite ni con ninguno de aquellos hombres, acostumbrados a una dura vida, poseedores de una fuerza excepcional.

Laffite sonrió aviesamente.

—Tienes miedo, ¿eh, Ray? Bien, quizá sea eso lo que necesitas, una buena paliza. Tengo una muela picada, y cuando en las noches de invierno me dolía, sólo tenía que pensar, para calmarme, en el momento en que te echase la mano al cuello. Imaginaba que te hundía el puño una y otra vez en tu repugnante cara y poco a poco, iba dejando de sentir el dolor.

—Estás loco, Laffite. Déjame en paz. Será mejor para ti.

—No —dijo Pierre, avanzando hacia el comerciante—. No te voy a dejar en paz hasta que te haya convertido la cara en pulpa.

De pronto una voz, la de Gilbert, exclamó:

—Es preferible que te estés quieto, Laffite.

Pierre se detuvo, sintiendo un escalofrío. Volvió la cabeza hacia donde se encontraba Gilbert y preguntó:

—¿Qué te importa a ti?

—No le puedes pegar, simplemente porque no quiera pagar mas por tus pieles.

—Eso es cuenta mía.

—No lo voy a consentir.

Laffite entrecerró los ojos, observando a Grahame. Lo vio con su cutis blanco, después de haber permanecido seis años en la prisión. Seguro que ahora no sería tan buen luchador como cuando ocurrió lo de
O'Connor.
Grahame debía estar flojo de remos. El permanecer en una celda con el sol racionado influye a la larga en el organismo. Era un buen momento para demostrarle que él, Laffite, era el más poderoso y que haría bien en apartarse de su Camino.

—Conque no, ¿eh, presidiario?

Grahame apretó los puños a lo largo de sus costados.

—Sigues siendo el que eras, Laffite —murmuró con voz ronca.

—Me tienes ganas, ¿verdad?

—Es posible que así sea.

—Porque fui yo el que con mi declaración te metió entre rejas.

—Sí, Pierre; sin tu declaración, aquel jurado me hubiese absuelto. Me hiciste mucho daño, todo el que pudiste. Tú sabías muy bien que yo no podía haber matado a
O'Connor.

El y yo éramos amigos.

—Por eso fue más repulsivo tu crimen. Lo liquidaste para no pagarle lo que le debías.
O'Connor
era tu acreedor. Todos sabían que te había prestado dinero.

—¡Asqueroso reptil! —bramó Grahame, y se lanzó contra Laffite.

Éste tenía los pies fuertemente asentados en el suelo y tras burlar el puño que Gilbert le lanzaba, replicó con un izquierdazo en el estómago. Grahame lanzó un grito y se dobló boqueando, tratando de tragar aire, y entonces, Laffite le colocó el derecho en el mentón. Grahame salió despedido contra el mostrador y al chocar contra el filo, se vino abajo. Ray salió corriendo de la tienda, pegando gritos.

Laffite se quedó con las piernas abiertas, viendo cómo Grahame movía la cabeza de un lado a otro, tratando de no perder el conocimiento.

—Anda, perro presidiario, levántate y pelea como los hombres. Has perdido facultades. ¿Vas a hacerme creer que con un solo golpe tienes bastante?

Gilbert se incorporó trabajosamente, apoyándose en el mostrador, y allí quedó con el torso echado hacia adelante.

—No, Laffite. No tengo bastante con un solo golpe. Aún puedo aguantar un poco más.

Pierre lanzó una carcajada. Gilbert avanzó hacia él dando traspiés. Laffite se confió demasiado, creyendo que con lograr que su puño hiciese blanco otra vez, Grahame acabaría por derrumbarse como un saco lleno. Pero esta vez, Gilbert blocó su puñetazo y replicó con un derechazo terrible.

Pierre sintió que le crujían los huesos de la cara y lanzó un aullido de dolor, al tiempo que salía despedido por el hueco de la puerta. Dejó atrás la cabaña y se derrumbó en la hierba, dando una vuelta de campana.

Gilbert le siguió fuera.

A aquellas alturas, Ray había conseguido llamar la atención de todos los demás. Sam Wallis llegó corriendo cuando Grahame asomaba por la puerta.

—¿Qué os pasa? ¿Os habéis vuelto locos?

Danny Roberts, Marion, Minelli, Duke y Manitobi se fueron

aproximando también. Laffite se incorporaba y tocóse el pómulo con la mano. Luego miró ésta y la vio manchada de sangre.

—¡Maldito bastardo! —exclamó, mirando a Grahame rabiosamente y se lanzó sobre él como un búfalo herido.

Gilbert le dejó llegar y le detuvo golpeándole en corto en el plexo solar. Laffite hizo una mueca, pero logró cazar a su antagonista con un puñetazo en el cuello. Gilbert se dobló y en aquella actitud echó hacia atrás su brazo derecho. A Pierre le fallaron los reflejos y creyó que Gilbert estaba a punto de caer, pero de pronto, éste disparó el puño, sonó un terrible restallido y Laffite rodó por el suelo, de nuevo convertida ahora su cara en una máscara sanguinolenta.

Allí quedó en el suelo, lanzando aullidos de dolor.

—¡Demonios! —exclamó Minelli—. Se debe haber quedado sin dentadura.

Era el final de la pelea. Grahame, tras dirigir una mirada a todos los que habían presenciado la escena, giró para volver a la cabaña.

Apenas había dado tres pasos, la voz de Laffite lo sobrecogió:

—¡Espera, presidiario!

Dio media vuelta y vio que Pierre le tenía encañonado con su revólver.

—¡No hagas eso! —gritó Sam Wallis.

Pierre se incorporó, apretando con fuerza su arma. La sangre le caía por la barbilla. Escupió un par de veces y luego sus labios se distendieron en una sonrisa sarcástica.

—Te voy a matar, Gilbert. ¿Lo oyes?

—Está bien —contestó Grahame—. Quizá sea ésta mi revancha. Anda, dispara. Terminarán por cogerte. De esa forma, sabrás lo que es estar encerrado entre rejas sin ver el sol, sin respirar aire libre. Casi estoy seguro de que tú no lo resistirás. Te volverás loco en poco tiempo.

—No, bastardo —contestó Laffite con rabia—. No soy como tú. A mí no me cogerán. Hay otros sitios donde un hombre puede continuar su vida. En el Canadá, por ejemplo. Hace tiempo que lo vengo pensando. ¿Te das cuenta? Allí tendré fusiles de repetición como los franceses, y más dinero.

Hubo un silencio. Todos se dieron cuenta, incluso Gilbert, de que Laffite no hablaba por hablar y que estaba decidido a llevar a

cabo su amenaza. De pronto, intervino Marion:

—No hagas eso, Pierre. Enfunda el revólver.

—No te metas tú, pequeña. Esto es cosa de hombres.

—No es de hombres asesinar —dijo la joven.

—¿No mató él a
O'Connor?
Le debieron haber colgado cuando hizo aquello, pero la justicia es así, demasiado blanda. Yo seré ahora quien ocupe el puesto del verdugo. Soy un benefactor de la Humanidad, ¿lo entiendes Marion? Todos nosotros lo condenamos a muerte cuando se libró de O'Connor.
Ahora le toca a él su turno.

—Me odias mucho —dijo Gilbert—. No sé por qué, pero es así. Puedes apretar ese gatillo, pero recuerda bien esto: yo no maté a O'Connor,
y he vuelto aquí porque quiero demostrarlo, porque quiero coger por el cuello al asesino que burló la ley.

—No te valdrán esas argucias conmigo. Ya has hablado demasiado. Anda, despídete de este mundo. Hubiese sido mejor para ti irte al último rincón de la tierra después de salir de la cárcel.

—¡No, Pierre! —gritó Marion.

Pero Laffite desoyó esta última súplica y levantó el revólver despaciosamente, tomando puntería. Todos estaban inmóviles, como si se hubiesen convertido en estatuas, esperando oír el estampido.

De pronto, éste se produjo.

Fue seco, y de allá lejos, de la otra orilla del lago, llegó el eco casi simultáneo, y junto con él, un grito escalofriante, que cortó la atmósfera fría del atardecer.

Laffite dejó caer el revólver como si quemase. Todos volvieron la cabeza hacia el lugar de donde habían disparado. Ninguno de ellos se había dado cuenta, pero allí detrás se hallaba un nuevo personaje, un jinete, cuya mano derecha apretaba un «Colt», del cual salía una pequeña espiral de humo azulado.

CAPÍTULO III

Todos se quedaron mirando a aquel hombre, a quien ninguno de ellos conocía.

Parecía frisar en los treinta años y era moreno, de ojos intensamente negros y estatura más que regular. Sus rasgos faciales eran correctos y denotaban energía y resolución. Vestía pantalones estrechos, que desaparecían en medias botas manchadas de barro y chaqueta de cuero cerrada hasta el cuello, al que anudaba un pañuelo de color azul. Cubría la cabeza con un sombrero de ala ancha y media copa.

—¡Maldita sea! —exclamó Laffite—. ¿Quién le pidió que se entrometiera en esto?

El joven hizo una mueca, a pesar de que su intención fue sonreír.

—Dé gracias a Dios de que haya sido tan oportuno. En caso contrario, a estas horas estaría usted convertido en un asesino.

—Y por lo visto le hubiese quitado el sueño a usted.

—No, no me hubiese quitado el sueño. Me habría limitado a esposarlo y conducirlo a Fort Hall.

Hubo una nueva pausa.

—Policía, ¿eh? —dijo Laffite, cambiando el tono de su voz.

—Algo parecido —contestó el desconocido—. Inspector del Gobierno.

Pierre frunció el ceño.

—¿Inspector del Gobierno? ¿No cree que está un poco lejos de su jurisdicción?

El jinete hizo girar el revólver en su dedo índice y luego lo enfundó. A renglón seguido, bajó de la silla y mirando a los componentes del grupo, declaró:

—Mi nombre es Kirk Brown y he venido con el único y exclusivo objeto de hablar con ustedes.

Todos lo miraron con redoblada curiosidad.

Laffite hizo un gesto con la mano y respondió:

—Está bien, señor Brown. Hable usted con Sam Wallis, que es algo así como un jefe para todos nosotros.

—No, amigo —retrucó el inspector del Gobierno—. Lo que les voy a decir les importa a todos por igual. Por eso necesito que todos estén presentes.

Brown hizo una pausa y luego, encarándose con Laffite, dijo:

—¿Usted es Laffite, verdad?

—¿Cómo lo sabe?

—En Fort Hall me las arreglé para tener una descripción de todos ustedes. Dígame, Laffite; ¿qué es lo que tiene contra el hombre sobre quien iba a disparar cuando yo llegué?

Laffite sacó un pañuelo y se limpió la sangre de la boca.

—Usted parece saberlo todo, ¿verdad, Brown? ¿No sabe quién es él?

Kirk miró hacia Grahame y, tras observarlo un momento, volvió los ojos hacia Laffite.

—Creo que no me lo describieron. Se les debió pasar por alto.

—No, Brown, no se les pasó por alto. Lo que pasa es que Grahame llegó solamente un poco antes que usted. Es un asesino. Mató a un amigo nuestro hace cosa de seis años. Grahame fue juzgado y condenado a diez años de trabajos forzados. El dice que le han soltado por buena conducta. Tuvimos unas palabras porque fue mi declaración la que sirvió al jurado para que él apechugase con su delito. ¿Se da cuenta, señor Brown? Sólo procedía en legítima defensa. Grahame ha regresado aquí para matarme, eso es, quiere vengarse de mí.

Brown giró hacia Grahame, el cual estaba lívido.

—¿Qué dice usted? —le preguntó.

—Laffite es solamente una serpiente venenosa. Está mintiendo a sabiendas. Sólo he vuelto porque quiero demostrar que fui declarado culpable injustamente. Yo no maté a
O'Connor.
¿Por qué iba yo a querer asesinar a Laffite, si creo que él es la clave para que yo pueda ser rehabilitado?

Laffite soltó una carcajada.

—¿Lo ha oído, Brown? ¡Es un santo! ¡Nunca hizo nada malo!

Brown atirantó los músculos del rostro.

—Escuchen ustedes dos —dijo con voz grave—. ¡No quiero más peleas! Será mejor que se metan eso en la cabeza. Usted, Grahame, ha cumplido ya su condena. Yo no soy quién para sancionar si el jurado se equivocó o no. Eso no me importa. Tengo aquí una misión que cumplir y la quiero llevar a cabo sin el menor tropiezo. Colaboren y tendrán en mí a un amigo.

Siguió un largo silencio, que fue roto al fin por Sam quien, sonriendo, tendió la mano a Brown.

—¡Bien venido a Aberdeen, inspector!

Kirk cambió un apretón con el viejo, mientras le replicaba:

—Con usted no me podría confundir. Todos en Fort Hall coincidieron en que es usted por sí solo un tomo de la gran historia del Noroeste.

—Siempre se exagera, amigo. —Sam Wallis sonreía jovialmente —. Permítame que le presente a los demás. En primer lugar, aquí tiene a mi hija Marion.

Kirk observó el bello rostro de la joven, que se adelantaba hacia él.

—Encantado, señorita —dijo inclinándose, al tiempo que se quitaba el sombrero.

A continuación, Sam fue presentado a todos los demás.

Laffite se había apartado del grupo y se encontraba a las orillas del lago, de rodillas, curando las heridas de su cara.

Las tinieblas se iban adueñando de la tierra y el tam-tam del campamento indio llegaba hasta allí con más claridad.

—Festejan la boda de Manitobi con Duke Fox —explicó Sam Wallis—. Así permanecerán hasta las doce de la noche. Entonces se echarán a dormir.

Brown dio la enhorabuena a los novios y luego Duke sugirió:

—Tendremos que festejarlo también nosotros.

—De eso me encargo yo —exclamó Paul Ray—. Propongo que hagamos algo extraordinario en honor del inspector del Gobierno. ¿Qué les parece un té en mi cabaña? Lo tengo especial y solamente echo mano a él en los grandes acontecimientos. Naturalmente,

primero despacharemos una buena cena.

Todos aceptaron complacidos la invitación del comerciante, a excepción de Brown, que bajó la mirada al suelo.

—¿Qué dice usted, inspector? —inquirió Ray.

El joven se frotó el mentón con el dedo índice en actitud pensativa; luego detuvo la mirada en Manitobi y en Duke Fox, el cual pasaba el brazo por los hombros de su mujer. Terminó por asentir, mientras decía:

—De acuerdo, señor Ray. Acepto.

—Pues entremos. Aquí ya hace fresco.

Laffite se había unido ya al grupo y todos fueron penetrando en la cabaña. Ray les indicó que pasasen a la habitación que utilizaba él como vivienda, la cual era bastante confortable si se tenía en cuenta las tiendas en que los cazadores estaban acostumbrados a pasar su vida.

Ray dijo que se marchaba a la cocina, donde tenía a su criado, un indio sioux. Brown y los demás se distribuyeron por la habitación, ocupando las sillas y las dos mecedoras que había en ella.

—¿Vio en Fort Hall al comandante Trinquer, señor Brown? —preguntó Sam Wallis.

—El fue quien me habló de usted. Según me dijo, fueron ustedes viejos amigos.

Sam Wallis meneó la cabeza sonriente.

—El y yo hemos estado en peligro más de una vez de perder la cabellera.

—Trinquer me hizo un relato minucioso de lo que usted hizo en Big Horn. Estaban sitiados por más de tres mil sioux y usted atravesó las filas enemigas en busca de socorro. Ellos resistieron dos días más y cuando ya estaban perdidos, llegó el capitán Harrison, a quien usted había logrado encontrar a cincuenta millas del lugar en que habían sido sorprendidos por los indios.

—El mérito corresponde al capitán Harrison que, en una estratégica maniobra, batió a Pico de Águila y a los más feroces de sus guerreros.

—Sin embargo, fue usted quien figuró en la orden del día y a quien el Gobierno concedió todos los honores. Me dijo Trinquer que le fue ofrecida la jefatura del cuerpo auxiliar de Exploradores del

Oeste, pero que usted prefirió seguir siendo un cazador como lo había sido antes de que se iniciase la guerra india.

—Nunca me ha gustado depender de nadie, señor Brown, y creo que a todos los hombres que están aquí les ocurre igual. A la gente de la ciudad le parece increíble que existan personas como nosotros y por eso nos consideran como salvajes, pero yo creo que nos juzgan con demasiada dureza. Lincoln dijo que el hombre nace libre y que debe seguir siéndolo mientras viva. Nosotros comprendemos bien, mejor que nadie, esas palabras. Existen millones de personas que disfrutarán de una vida más confortable que la nuestra pero, a nuestro entender, pagan por ello un precio muy alto. Nosotros, sin esas comodidades, gozamos en toda su grandeza del don más preciado que nos concedió Dios: la libertad.

Tras aquellas palabras, la habitación quedó envuelta en el silencio. Kirk se mojó los labios con la punta de la lengua. Cualquiera de las personas que le rodeaban que hubiese sido observadora, habría advertido su turbación. Finalmente, tras un leve carraspeo, detuvo los ojos en Sam Wallis y respondió:

—Es muy hermoso todo lo que usted dice, Sam. Pero debe reconocer que a veces hemos de sacrificar un poco de nuestra libertad en beneficio de los restantes miembros de la comunidad. No estamos solos. Formamos parte de un mundo cuya población aumenta de minuto en minuto. Observe nuestro país. Cada día desembarcan más colonos en nuestros puertos, oleadas de emigrantes parten de nuestras costas en busca de un pedazo de tierra para formar un hogar… Es como una mancha de aceite que se va haciendo cada vez más grande. Ése es el panorama actual de los Estados Unidos. En donde antes existía un valle desierto, ahora hay una ciudad. En donde antes sólo el viento era el señor, se horada el suelo en busca de metales preciosos o se elevan fábricas.

—Eso no va con nosotros —dijo Sam—. Comprendo muy bien lo que dice, pero todo eso a que usted se refiere, ocurre mucho más abajo. En Colorado, en Texas, en California. Es el oro y la plata lo que busca la gente. Sólo piensan en enriquecerse. Por eso cruzan el océano y atraviesan un continente. Sólo tienen un afán; hacerse ricos. Aquí no hay ni oro ni plata. Sufrimos un clima duro, usted lo sabe. Estos paisajes que usted ve, están cuatro meses al año nevados y un poco más al norte, la vida es aún peor. No, señor Brown. Aquí

nadie querrá venir y por eso nosotros seguiremos siendo libres. A veces tenemos nuestros pequeños problemas, pero los solucionamos con nuestros propios medios. No saque consecuencias erróneas de la pelea que presenció al llegar. Es cosa frecuente entre los tipos de nuestra ciase, pero puede estar seguro de que si, un cazador se encuentra en peligro, un compañero suyo le echará una mano aunque aparentemente sean rivales.

Kirk Brown observó a Laffite. No le gustó la mirada de sus ojos glaciales y pensó que Sam Wallis era un romántico de la vieja generación. No cabía duda de que él, Sam, poseía nobles sentimientos, pero con toda seguridad, juzgaba a los demás con demasiada benevolencia. El regreso de Ray interrumpió aquella conversación, que para Brown iba siendo cada vez más embarazosa.

Tras el comerciante penetró un indio, el cual con movimientos rápidos puso el mantel sobre la mesa y más tarde los platos. Le fue ofrecida la presidencia a Brown y éste, aunque trató de cedérsela a Sam Wallis, ante la insistencia de éste, hubo de aceptaría. La comida consistió en un plato combinado con dos mezclas de conservas. Carne y frijoles.

Brown consideró que aquello era demasiado fuerte para su estómago y apenas lo probó, pero los restantes invitados, dieron buena cuenta de sus respectivas raciones.

Más tarde, el indio retiró los platos y los sustituyó por otros que contenían compota de manzana. Brown juró para sus adentros que aquel dulce no lo hubiera comido en ninguna otra parte. Tenía regusto a cuero, pero haciendo de tripas corazón, se lo comió con ligereza, ya que tenía hambre atrasada y de acuerdo con las normas elementales de educación, no podría satisfacer su apetito de otro modo.

Charles Minelli gastaba bromas a los novios. Después de la compota, Ray destapó una botella de *whisky* y escanció en los vasos.

El licor tuvo la virtud de suscitar motivos insospechados de conversación. Se levantaron las voces y la velada entró en los cauces de una verdadera fiesta.

Le tocó el turno al té. Brown creyó llegado el momento de informar a todos los presentes del objeto de su visita y así se lo hizo saber a Sam, el cual, pegando un puñetazo en la mesa, hizo callar a todos.

—¡Amigos! —declaró cuando el silencio se produjo—. El señor Brown creo que nos quiere comunicar algo.

El indio fue pasando de un lado a otro, llenando las tazas de té.

Todas las cabezas giraron hacia Brown y éste cogió una cucharilla y se sirvió azúcar en su taza. Luego, dijo:

—Antes que nada, les doy las gracias por la favorable acogida que he hallado en ustedes. Créanme si les digo que me encuentro perfectamente a gusto y mi más ferviente deseo es que una vez haya terminado de informarles, continúen siendo mis amigos.

Aquellas palabras produjeron la curiosidad general.

Brown tomó su taza y bebió la mitad de su contenido. Luego se levantó y tiróse del borde de la chaqueta.

—El Gobierno se ha visto preocupado por los continuos incidentes que vienen ocurriendo, desde hace dos años, en la reserva india creada al sudeste del territorio de Dakota. Numerosas caravanas de colonos no sólo se han atrevido a cruzar la reserva, sino que muchos de ellos han llegado a establecerse en ella. Comisionados del Gobierno han intentado defender los derechos de los indios, pero en muchos casos, la situación creada ha sido tan grave que hasta el personal del Gobierno se ha visto obligado a ceder en menoscabo del territorio que en principio se había establecido como reserva.

Hizo una pausa y luego prosiguió:

—Washington estudió a fondo el problema. Fue una minuciosa labor que exigió tiempo y muchos esfuerzos. Finalmente se llegó a la conclusión de que la reserva india sería cada vez más reducida. Del Este no dejan de salir caravanas y un sesenta por cien de las mismas tendrían que hacer una curva de más de ciento cincuenta millas en su camino para no cruzar el territorio indio. Además, en esa reserva se ha encontrado plata. Es un buen señuelo para que los emigrantes se establezcan allí. Consideradas así las cosas, el Gobierno ha decidido crear otra reserva en el Norte, al objeto de dar cabida en ella a las tribus oriundas de la región y a las que, actualmente, viven en el Sur.

Guardó silencio, observando el efecto que sus palabras habían producido en sus oyentes.

—¿Quiere usted insinuar que esa reserva va a ser establecida en nuestro territorio?

Era Sam Wallis el que había hecho la pregunta.

—Exactamente —contestó Kirk—. La frontera se establecerá unas veinticinco millas al norte y abarcará desde las primeras estribaciones del Lost Rives Range hasta el paralelo cuarenta y cinco, descendiendo luego por el río Pallet hasta casi acercarse al río Snake.

Pierre Laffite pegó un puñetazo en la mesa.

—¡No pueden hacer eso!

—Lo siento, amigos —dijo Kirk—. No he sido yo quien ha dado esa orden. Mi misión sólo consiste en informar a ustedes y en procurar que a partir de ahora nadie cruce esa línea.

Duke Fox soltó una carcajada.

—¿De qué forma nos lo va a impedir, señor Brown?

—Si es preciso, por la fuerza.

—¿De veras? —dijo Duke y se puso en pie, echándose hacia atrás la chaqueta de cuero, con lo que dejó visible el revólver que gravitaba sobre la cadera derecha—. ¿Por qué no empieza conmigo? Tengo curiosidad por saber cuáles son sus procedimientos.

Kirk le miró un rato sin decir nada. La atmósfera era tensa. Sam Wallis intervino, diciendo:

—Será mejor que te sientes, Duke.

—No, Sam —contestó Duke—. Usted está viejo ya para estas aventuras. Ya hizo demasiado. Déjenos ahora a los jóvenes.

—Creo que continúo siendo el jefe —replicó Sam— y te ordeno que te sientes. Las cosas no se arreglarán así con los agentes del Gobierno.

—Esto es cuenta suya y mía —replicó Duke.

Laffite soltó una risita.

—Anda, Duke —dijo—. Será la mejor forma de demostrarle a tu mujer que quien lleva los pantalones eres tú.

Duke sonrió jactanciosamente, mirando a Brown.

—¿Qué le pasa, inspector? ¿No le dijeron en Fort Hall qué clase de hombres éramos nosotros?

—Sí, me lo dijeron.

—Pues, entonces debió dimitir de su cargo. Somos los dueños de esto en una extensión de mil millas y no consentiremos que nadie nos imponga sus órdenes. No nos importan de dónde salgan. Vivimos aquí y no nos marcharemos.

—No, Duke. Ustedes van a respetar la ley. Para eso estoy yo aquí.

Duke soltó una risita, llevando la mano a la culata.

—Escuche esto, Brown. Va a volver a Fort Hall o adonde quiera para decir a su gente que los cazadores de la parte del Snake no se dejaron convencer por usted.

Hubo unos segundos de silencio. Los dos hombres se miraban fijamente. De pronto, como si obedeciesen a un mismo impulso, tiraron mano del revólver. Se oyó un estampido y Duke lanzó un grito, arrojando su arma al suelo. No estaba herido. El proyectil salido del revólver que esgrimía Brown, sólo había destrozado él tambor de su pistola.

Durante un minuto sólo se pudo oír en la estancia la respiración entrecortada de los presentes.

—¿Hay alguien más que quiera echarme de aquí? —preguntó Brown.

CAPÍTULO IV

Nadie contestó a su pregunta. Al fin Sam Wallis, tras un carraspeo, dijo:

—Siento lo ocurrido, señor Brown, pero debe comprender que ante las noticias que nos ha traído, todos nos hemos puesto un poco nerviosos.

—Lo comprendo perfectamente, Sam —dijo Brown—. Pero ustedes deben conocer también cuál es mi deber. Me he prometido a mí mismo que no crearé más problemas que los que me salgan al paso. Quiero darles todas las facilidades. Yo opino que ustedes pueden continuar su vida al límite de la reserva. Sigue habiendo terreno suficiente.

—Usted no conoce la psicología de los cazadores. El hecho de que cerca del medio en que viven exista una línea imaginaria que no pueden cruzar, es suficiente para que se sientan tan prisioneros como el hombre que purga su delito en una cárcel.

—Deben ustedes tener en cuenta que el Gobierno lo hace en bien de muchos miles de personas. Ciudadanos como ustedes, que también tienen todos los derechos. Lo dije ya antes, amigos, el mundo está cambiando. Queramos o no, es así. Cada día habrá más dificultades para que ustedes vivan como lo han hecho hasta ahora.

—El país es grande —gritó Danny—. ¿Por qué demonios hemos de pagarlo nosotros?

—Existe una simple razón para que el Gobierno adopte esta medida —dijo Brown con voz afectuosa—. Desde Fort Hall hasta el Pacífico y las fronteras con el Canadá, hay un extenso territorio lleno de probabilidades para millones de familias. Hoy sólo existe una población de unos pocos centenares de individuos. Debido al clima que impera aquí, es indudable que será el punto del país al

que en última instancia se dirijan los colonos. Es por lo tanto, el lugar adecuado para que los indios vivan en paz. Ustedes dicen que tienen un derecho a la tierra que pisan, pero deben reconocer que en ese caso, desde hace dos siglos hemos ido arrebatando palmo a palmo la tierra a los indios. No, amigos. No pueden basarse en un argumento tan inconsistente. Los indios y ustedes han de enfrentarse con la civilización que avanza día a día.

—¡Maldita sea! —gritó Danny—. No me convence. ¿Qué es usted, un inspector del Gobierno o un abogado?

—Una mezcla de las dos cosas.

—Yo estoy con usted —dijo de pronto Paul Ray.

—¡Condenado bastardo! —Le insultó Laffite, mirándolo rabiosamente—. ¡Claro que sí! Tú estás con él porque tienes la bolsa llena. Viniste aquí para extorsionarnos, para sacarnos hasta el último centavo y te has aprovechado de nosotros durante seis años.

—Dices eso porque me odias, Laffite —repuso Ray—. No hace falta que lo digas, lo leo en tus ojos.

—¡Sí, te odio! Y daría cualquier cosa por poder apretar mis manos alrededor de tu cuello. Me quita el sueño pensar que has conseguido hacer una fortuna sin arriesgar nada y que nosotros seguiremos tan miserables como antes.

Brown hizo un movimiento con el revólver para atraer la atención de los presentes y luego dijo:

—No nos apartemos del tema principal. Quiero tener la seguridad de que ustedes van a colaborar conmigo.

—No lo espere de mí —gritó Danny Roberts.

—Tampoco cuente conmigo —dijo Laffite.

Brown miró a Duke.

—¿Y usted? —le preguntó.

—Le haré pagar caro lo que ha hecho usted antes —murmuró Fox con voz ronca—. Yo jamás olvido, señor Brown.

—Bien, tenemos a tres rebeldes. ¿Hay alguien más? ¿Qué dice usted, Sam?

El viejo cazador recorrió el borde de la mesa con el dedo índice y luego repuso, mirando fijamente al inspector:

—Sabía que un día u otro tenía que llegar esto. Quizá si yo fuese tan joven como ellos, mi respuesta sería la misma. La de que tendrían que detenerme para cumplir esa decisión del Gobierno.

Pero no me encuentro en condiciones de luchar. Además, esos mismos hombres que están ahora en Washington, son los mismos que me declararon héroe nacional. Sería una ingratitud por mi parte negarme a obedecer. No me gusta la creación de la nueva reserva, pero la acataré, señor Brown. Puede contar conmigo.

—Gracias, Sam. —Kirk dirigió la mirada hacia el ex presidiario—. ¿Y usted, Grahame?

—Creo que enterré mis últimas ilusiones en aquella celda donde permanecí seis años —su voz era triste, casi quejumbrosa—. No tengo ganas de pelea. Acabaron conmigo hace tiempo. Sólo deseo una cosa y usted ya lo oyó antes ahí fuera.

—¿Y usted, Minelli? —preguntó Brown, enfundando el revólver.

Charles vaciló unos instantes y por fin, dijo:

—Llevo más de cuatro años con Danny Roberts, y me he acostumbrado a su compañía. Creo que es un buen muchacho. Yo, señor Brown, no entiendo mucho de todo eso que usted dice. Por lo tanto, lo que haga Danny Roberts, será bueno para mí.

—De acuerdo —dijo Kirk—. Así son cuatro. Cuatro hombres que no acatan la orden de Washington.

—Cuatro hombres y una mujer —dijo Marion Wallis en aquel instante.

Todas las miradas convergieron en la hermosa joven.

Kirk sonrió.

—¿Bromea, señorita Wallis?

—En absoluto, inspector.

La frente de Brown se frunció.

—Me sorprende usted. Creo, que ciertas, atribuciones corresponden sólo a los hombres.

—Hay cosas que también puede hacer una mujer.

—Lo dudo. Una mujer que se tenga por tal, procura hacer honor en toda ocasión a su femineidad.

Las mejillas de la joven se colorearon.

—¡Le haré tragar esas palabras, Brown!

—Quizá cuando le haya dado unos azotes, piense de diferente forma.

—Creo que se equivoca, inspector —repuso Marion, con los ojos chispeantes—. El asado es demasiado grande para que usted se lo engulla de un solo bocado. ¿Por qué no va a pedir ayuda?

—Recibí el encargo de hacerlo yo solo.

—Pues yo le voy a demostrar que se equivocó al juzgarnos tan poca cosa —la joven hizo un movimiento rápido con la mano y al instante apareció en ella un revólver.

Kirk se quedó sorprendido. Jamás había podido imaginar que la muchacha tuviese tan endiablada velocidad para desenfundar.

—¿Qué dice ahora, señor Brown? —preguntó triunfalmente ella.

—Lo mismo que antes. Que van a entrar en razón usted y esos cuatro hombres, sea como sea.

—No, inspector. Ya ha dejado de dar órdenes y ahora va a escuchar las mías. Va a salir de aquí con las manos en alto, montará su caballo y se largará como una flecha a Fort Hall.

—¿Qué más?

—Un solo consejo. La próxima vez no tendré tantas contemplaciones con usted. Lo salva el hecho de que sea usted un novato.

Kirk desvió los ojos hacia Sam Wallis.

—¿Qué opina usted al respecto?

—Es mi hija, pero tiene edad suficiente para saber lo que le conviene hacer. Después de todo, su opinión es la de Danny, Laffite, Minelli y Fox. ¿Por qué había de quitársela de la cabeza? Ella también es libre, señor Brown.

—De acuerdo. Así están las cosas mejor.

—Ande, inspector —volvió a hablar Marion—. No se entretenga demasiado por nosotros.

Brown hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y apartó la silla que tenía al lado.

—Nos volveremos a ver —dijo.

—Será peor para usted —repuso Laffite.

Y Danny Roberts corroboró:

—Si yo estuviese en su lugar, señor Brown, pediría a mis jefes que me relevasen de este servicio.

Kirk hizo un gesto negativo.

—No, amigo. Yo inicié este trabajo y lo acabaré. Pese a quien pese. Ustedes cuatro y la señorita Wallis irán a parar a Fort Hall, se lo prometo.

Brown dio media vuelta y se dirigió a la salida de la habitación. En aquel momento, Minelli lanzó un grito.

Kirk giró, viendo que Minelli se levantaba de la silla, sujetándose el estómago con las manos mientras hacía una mueca de dolor. Se echó hacia delante y luego resbaló, cayendo al suelo.

Observó también que la joven había apartado la mirada de él. Entonces pegó un salto y dándole un manotazo en la muñeca, la obligó a soltar el arma.

Marion trató de lanzarse contra él, pero Kirk sacó de nuevo el revólver y mantuvo a todos inmóviles.

—¡Condenado fullero! —gritó la joven, fuera de sí—. ¡Debí suponer qué clase de calaña es la suya!

—Desahóguese si quiere —dijo él—, pero le advierto que la soportaré hasta cierto límite. No me obligue a olvidar que al fin y al cabo es usted una mujer.

Laffite hizo un movimiento para caer sobre Kirk, pero éste lo vio a tiempo y movió el revólver en su dirección.

—Quieto, Pierre, o tendremos después de la boda un funeral.

Sam Wallis se levantó y agachóse sobre Minelli, el cual no dejaba de dar quejidos, estremeciéndose en el suelo.

Brown dio la siguiente orden dirigiéndose a los rebeldes:

—¡Dejen las pistolas sobre la mesa! ¡No quiero más sorpresas!

Danny, Minelli y Laffite obedecieron con movimientos lentos.

Las armas de Marion y Duke continuaban en el suelo y el propio Kirk la cogió sin perder de vista a sus rivales.

Minelli gritaba:

—¡Es mi úlcera…! ¡Mi maldita úlcera!

—¿Desde cuándo no la sentías? —le preguntó Sam.

—Hace más de dos años que no me daba la lata. Desde que dejé de beber *whisky*. —Minelli lanzó otro grito.

—¿Acaso has bebido hoy?

—Ni una sola gota. Me he acostumbrado a no beberlo, hasta el punto, de que cuando huelo la bebida se me revuelve el estómago. ¿Qué será, Sam?

Entre Gilbert y Sam cogieron a Minelli y lo sentaron otra vez en su silla. El color le había desaparecido del rostro de forma que ahora mostraba una palidez cadavérica. Se tenía que morder el labio inferior con fuerza para no lanzar nuevos gritos de dolor, pero movía la cabeza de un lado a otro.

—Debe sufrir horrores —opinó Gilbert—. Charles no es de los

blandos. Le conozco bien y sé que aguanta bastante.

—Sí —convino Sam— y es lo que me extraña.

Brown observó pensativo al grupo y dijo:

—¿No será una treta?

—¿Para qué? —le retrucó Sam—. ¿Para darle ocasión de que desarmase a mi hija? Se equivoca, señor Brown. Si Minelli dijo que estaba con Roberts y con los demás, lo decía sin dobleces. No ha querido hacerle un favor. Todo ha sido completamente circunstancial, pero gracias a ello, ha vuelto a hacerse dueño de la situación.

Ahora Minelli se echó hacia delante, apoyando la frente en la mesa y lanzó un chillido, haciendo rechinar los dientes.

Todos habían enmudecido.

Sam se volvió, depositando la mirada en la taza vacía que había junto a la cabeza de Minelli.

Frunció el ceño y cogió la taza.

—Es imposible —dijo de pronto Ray—. Es un té bueno, importado de Inglaterra, el mejor que he conseguido en San Luis. Sabéis lo que me gusta y lo compré solamente para mí. He hecho un sacrificio muy grande por festejaros.

Sam hizo caso omiso de las explicaciones del comerciante y siguió observando el contenido de la taza.

—¿Tienes alcohol, Ray?

—¿Alcohol?

—Sí. Dámelo, lo necesito.

Ray se dirigió a un viejo armario que había detrás y abrió un cajón. Luego se volvió con una botella en la mano, que alargó a Sam. Éste la cogió y tras destaparla, vertió un poco en la taza, depositó la botella en la mesa y movió aquélla circularmente.

Todos sus movimientos eran seguidos con curiosidad. Al fin detuvo la mano y, tras observar unos segundos lo que había en la taza, exclamó:

—¡Dios nos valga!

Hubo un silencio.

—¿Qué pasa, Sam? —inquirió Laffite.

Sam se tambaleó, pero logró mantener el equilibrio, apoyándose en la mesa. Dejó la taza de Minelli y cogió la que él mismo había utilizado. Volvió a verter alcohol en ella y repitió la operación de

antes. Cuando hubo examinado sus resultados, hizo lo mismo con la taza de Marion.

—¿Es que te has vuelto loco, Sam? —exclamó Laffite.

Sam examinó la taza de su hija y se quedó extático, con la mirada perdida en el vacío, mientras decía:

—¡Por todos los infiernos! ¡No hay posibilidad de error!

—¿A qué te refieres? —rugió Danny Roberts.

Los ojos de Sam recorrieron los rostros de sus amigos, el de su hija, el de Brown, y finalmente, dijo con voz grave:

—¡Hemos sido envenenados!

CAPÍTULO V

Danny Roberts dijo:

—¿Qué clase de tontería es ésa, Sam?

—Es tan cierto como que hay Dios —repuso Sam—. El té contenía okarpi.

—¡Okarpi! —exclamó Pierre Laffite y sus ojos se fueron desorbitando poco a poco—. ¡No puede ser!

—Lo es, Pierre. No hay lugar a dudas.

Pierre arrebató de la mano de Sam la taza que sostenía.

—Ahí lo tienes —dijo el viejo cazador—. En cuanto le he echado el alcohol, los posos se han ido volviendo verdes. Puedes observar a simple vista los granitos de esa maldita semilla.

Pierre hizo una mueca de espanto y tras observar un rato el contenido de la taza, la arrojó a sus espaldas contra la pared y cogió ávidamente la que él había utilizado. Tomó la botella del alcohol y con mano temblorosa, volcó un poco de su contenido. Humedeció los labias con la lengua, mientras la movía, luego la dejó quieta y observó lo que aparecía en su fondo.

—¡Okarpi! —gritó, con voz estrangulada.

Levantó la mirada y la depositó en el rostro de Sam.

Duke Fox tragó saliva y se llevó la mano a su estómago.

—¡Un lavado! ¡Eso es lo que podemos hacemos! ¡Aun debe ser tiempo!

Sam movió la cabeza en sentido negativo.

—No, Duke. Han pasado ya más de diez minutos. Ese veneno hay que expulsarlo antes de que llegue al estómago. Es ya demasiado tarde.

Duke Fox abrió la boca para decir algo, pero su garganta no logró articular palabra alguna y se dejó caer en su asiento.

Minelli lanzó un aullido y se echó hacia atrás.

—¡Me estoy muriendo, Sam! ¡Me estoy muriendo!

Kirk Brown asistía confuso a la escena. Durante unos instantes había pasado por su mente la idea de que todo aquello fuese una confabulación, en la que el propio Sam Wallis tomaba parte, pero ahora, ante la reacción de Laffite y la de Duke Fox, dudaba. Todos no podían ser tan buenos actores. Era una interpretación demasiado perfecta.

—Acláreme esto, Sam —dijo—. ¿Qué es eso del okarpi?

—Un veneno como no existe otro, señor Brown, porque jamás falla. Es la muerte. No se conoce antídoto alguno contra él.

—Pero eso es absurdo, si fuese así, el okarpi sería más conocido y yo jamás he oído hablar de él.

—Existen razones que explican por qué en la civilización de donde usted viene no se tienen noticias de él. El okarpi sólo existe en determinada región del Canadá. Ni siquiera nosotros sabemos dónde es. Sólo una tribu india ha hecho uso de él a todo lo largo de la historia de América. Hace cincuenta años, la tribu de los kiombes, una rama desgajada del gran tronco indio que vivía entre la frontera de nuestro país y la del Canadá, fue diezmada por una extraña enfermedad. La tribu, que se componía de más de trescientos miembros, fue disminuyendo poco a poco. Sólo quedaron el jefe y unos cuantos más. Un día, ese jefe convocó a los supervivientes en su tienda y les ofreció una infusión. Cuando la hubieron tomado, les comunicó que había envenenado a su pueblo, incluyéndose él mismo. Había llegado a esa decisión, tras muchas noches de vela. Los extranjeros, los hombres blancos, terminarían por arrojarlos de sus tierras tal como habían venido haciendo desde hacía un siglo. Habían sido inútiles las luchas que sostuvieron a lo largo de muchas generaciones. Ellos, que vivían en las costas del Atlántico, se habían ido retirando poco a poco hacia el interior del país. Su vida era cada vez más difícil. El fin sería la exterminación total. Pero, él, responsable de sus actos ante los espíritus de sus mayores, se convenció de que antes de pasar por semejante humillación valía más acabar de una vez. Los había envenenado a todos con okarpi. Era un veneno que él mismo había encontrado siendo joven. Dijo que el okarpi procedía de un arbusto y era una semilla encerrada en una cápsula, en cuyo interior había pequeños

granitos. Bastaba que éstos tomasen contacto con agua caliente para que la contaminasen. El efecto del veneno era lento. Un hombre que hubiese ingerido el veneno duraría de quince a veinte días, pero el final siempre sería el mismo: la muerte irrevocable.

Hubo un largo silencio en la habitación.

—¿Cómo está usted enterado de esa historia con tanto detalle? —preguntó Kirk.

—La respuesta es sencilla. Yo llegué al campamento de los kiombes tres días antes de que muriesen los que en último término habían tomado el veneno. El jefe me lo contó todo, e incluso me dio una cápsula de la semilla. Permanecí con la tribu hasta que murieron todos sus —componentes. Era escalofriante ver cómo daban sepultura a los muertos los que iban a morir. Y fui yo mismo quien, cuando todo acabó, enterró al último kiombe.

—¿Cómo no lo comunicó a la superioridad?

—Así lo hice, y el dictamen facultativo fue que la tribu había muerto víctima de una enfermedad contagiosa. Yo no insistí mucho en lo del okarpi. No quisieron creerme y dije para mis adentros, que era mejor así. Si se conocía el efecto terrible de aquel veneno, la ciencia lo estudiaría, pero también mucha gente ajena a ella trataría de servirse de él con malos, propósitos. Pero mis amigos sí que me creyeron. Con la cápsula que me dio el jefe hice un experimento. Se lo di a un perro que me había llevado de la tribu. Era viejo y su muerte estaba cercana. El perro murió a las dos semanas. Como pude comprobar con los seres humanos, apenas se sufre, puede que no se sienta nada. El caso de Minelli es distinto porque padece una úlcera de estómago y el veneno ha ejercido sobre él una acción violenta, pero creo que le pasará. Hice otro ensayo con el líquido que me quedó. Vertí un poco en un vaso de *whisky* y automáticamente aparecieron dentro unas insignificantes bolitas verdes. Es lo que me ha servido ahora para reconocerlo.

—¿Y dice que no hay antídoto alguno?

—Creo que no.

—¿Pero no le preguntó al jefe?

—Le pregunté, pero él lo desconocía.

Kirk Brown se quedó inmóvil, frunciendo las cejas.

—Parece una leyenda.

—Pero desgraciadamente no lo es, señor Brown. Todos los que

nos, encontramos aquí, hemos sido envenenados y puede estar seguro de que sólo nos queda una semana de vida. Unos antes, otros después, todos moriremos. Guarde el revólver. Ya no lo necesita. Washington no encontrará resistencia alguna en lo que respecta a nosotros para establecer aquí su reserva. Pero dese prisa en informar. También usted está sentenciado a muerte.

Kirk Brown bajó el revólver lentamente y lo metió en la funda. Luego, con voz apagada, dijo:

—¿Pero quién ha podido hacerlo? ¿Por qué?

Fue recorriendo con la mirada los rostros de cuantos tenía delante.

De pronto, Laffite pegó un salto y cogió uno de los revólveres que había sobre la mesa. Inmediatamente se echó sobre Ray y lo aplastó contra la pared.

—¡Yo se lo diré, señor Brown! —gritó, apoyando el cañón del revólver contra la sien derecha del comerciante—. ¡Ha sido esta víbora! ¡El nos ha envenenado!

—¿Por qué habría de hacerlo? —gritó Ray, sobrecogido de pánico.

—¡Condenado puerco! —gritó Laffite—. De nada te van a servir ahora tus mentiras. Todos sabemos que nos has envenenado tú, porque nos odias. Te has aprovechado de nosotros y has decidido no volver por Aberdeen. Nos has invitado a comer y luego has hecho un enorme sacrificio, invitándonos a beber tu té.

—¡Está, tan, claro como el agua! —gritó Danny, saltando de la silla—. Laffite tiene razón. Ha sido él. ¿Qué estás esperando, Pierre? ¡Aprieta ya el gatillo!

—¡No lo hagas! —gritó Ray y dirigió una mirada suplicante a Brown—. ¡Le juro que yo no lo he hecho!

—¡Miserable! —rugió Laffite—. Has sido tú. Pero te voy a dar tu merecido. Nosotros vamos a morir, pero te vamos a llevar a ti por delante.

Las lágrimas cayeron de los ojos desorbitados de Ray.

—¡No puede ser! ¡Estáis locos!

—Sí, anda, di que estamos locos —repuso Laffite—. ¡Pero has sido tú quien nos ha hecho perder la razón, comerciante del diablo! ¡Maldito seas mil veces!

De pronto Brown, dijo:

—Espere un momento, Laffite.

—¿Qué quiere? ¿Colocarnos otro discurso sobre la civilización? Ya ha pasado su hora, Brown. Maldito sea usted también, que nos ha traído la desgracia.

Brown echó el torso hacia delante, apoyando las manos en la mesa.

—Olvida una cosa, Pierre.

—¿Cuál?

—Que Ray ha bebido su té.

El comerciante pareció darse cuenta entonces del significado de aquellas palabras y gritó:

—¡Es cierto! ¡Yo también he bebido del mismo té!

Laffite le miró, sonriendo sarcásticamente.

—Sí, Ray, también has bebido, pero ocurre que el té que tú has tomado, no estaba envenenado.

Ray seguía llorando.

—¡Por todos los cielos! ¡Mi té estaba tan envenenado como el vuestro!

—Eso lo sabremos ahora —intervino Sam Wallis.

Cogió la taza de Ray y repitió el ensayo que había hecho con las otras. Tras verter el alcohol en ella, la movió circularmente. Todos interrumpieron hasta la respiración, esperando el fallo.

Sam levantó la mirada y depositóla en el rostro de Laffite, diciendo:

—Es cierto, Pierre. Ray también está envenenado.

Un nuevo silencio los sobrecogió a todos.

Laffite miró la taza que Sam le alargaba, luego a Ray y, finalmente, perplejo, asombrado, fue bajando lentamente el revólver que segundos antes apoyaba sobre la cabeza del comerciante.

Todos quedaron en suspenso. Sólo de vez en cuando Minelli rompía el silencio con uno de sus quejidos.

De repente, Laffite miró a Ray y preguntó:

—¿Dónde está tu criado?

—¿Zirwi?

—¡Sí, no puede haber sido otro!

Los ojos del comerciante se dirigieron hacia la cocina.

Danny Roberts pegó un salto y, cogiendo otro revólver de la

mesa, se precipitó en la cocina, exclamando:

—¡Le voy a volar la cabeza a ese sucio indio!

Pero todos pudieron ver que se detenía en el umbral, observando el interior. Luego se volvió, mordiéndose el labio inferior.

—¡No está! —dijo con rabia—. ¡Pero le encontraré aunque tenga que buscarlo en el infierno!

Sam Wallis meneó la cabeza.

—No, Danny, creo que será inútil. Zirwi sabrá poner tierra por medio. Ha vivido siempre en esta región y conoce buenos escondites. No se dejará cazar ni por ti, ni por nadie.

Fue Kirk Brown ahora quien preguntó:

—¿Y qué motivo tenía Zirwi para envenenarnos?

Nadie supo responder al pronto, pero Laffite se volvió hacia Ray.

—Quizá tú puedas contestar a esa pregunta, ¿eh, Paul?

El comerciante se mojó los labios con la lengua.

—¿Yo? Pues no sé. Zirwi pertenece a la tribu de Nube Roja, es un sioux.

—Ya lo sabemos. ¿Y qué más?

—Lo tomé como criado hace cinco años. El mismo se ofreció. Siempre lo he tenido por buena persona.

—¡Maldita sea! —rugió Laffite—. ¿Buena persona dices? ¿Qué clase de imbécil eres? ¡Yo te diré lo que ha ocurrido! Pensabas largarte este año y no volver más. ¡Se lo dijiste a él y te quiso dar una buena despedida! Pero lo malo es que se te ocurrió invitarnos a nosotros a tomar tu cochino té y así, nos ha envenenado a todos. ¡Sólo quería liquidarte a ti!

—Será mejor que calme sus nervios, Pierre —dijo Brown—. No vamos a adelantar nada con eso.

—¿De veras? ¿Y la satisfacción de meterle un balazo? Ha sido por culpa de él. Apuesto a que explotaba a Zirwi lo mismo que a nosotros. ¿Por qué hemos de pagar nosotros sus suciedades? —Miró aviesamente a Ray, el cual se estaba empequeñeciendo de nuevo—. Sí, amigo Ray, creías haberte librado, pero no, ya has vivido bastante.

—¡Estése quieto, Laffite! —ordenó Brown.

—¡Ya hemos acabado de obedecerle! —exclamó Laffite—. Usted es uno igual que nosotros. Ya oyó a Sam. Un condenado a muerte.

Esta vez apoyó su revólver en el estómago de Ray y éste cerró los ojos, esperando su último instante.

Capítulo VI

De súbito, Manitobi, dijo:

—No es necesario que dispare, señor Laffite. Ray no tiene culpa de nada.

Los presentes miraron a la india, la cual había pasado hasta entonces desapercibida.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Duke Fox.

—Creo que yo puedo explicar lo que ha ocurrido aquí.

—¿Tú?

—Sí. Zirwi estaba enamorado de mí. Quería que yo fuese su mujer, pero yo no le correspondía. Lo vi esta tarde en el campamento de mi padre poco antes de la ceremonia. Habló conmigo y me amenazó. Me dijo que jamás pertenecería a otro hombre. Yo traté de calmarlo diciéndole buenas palabras, pero cuando se separó de mí leí en sus ojos la furia de que estaba poseído… —Manitobi hizo una pausa y agregó—: Ya ha cumplido su amenaza. ¡Se ha vengado! Sólo ha tenido que aprovechar la oportunidad que se le presentó hace un instante.

Tras las palabras de Manitobi se hizo otro silencio. De repente, Duke Fox se levantó, cogiendo a Manitobi fuertemente por las muñecas.

—¡Conque has sido tú!, ¿eh?

—¿Qué dices, Duke?

—Sí, tú quien ha traído la fatalidad sobre todos nosotros.

La bella india hizo una mueca de tristeza.

Marion salió inmediatamente en su defensa.

—¿Qué estás diciendo, Duke? ¡Eso es una barbaridad!

—No, no lo es. Nosotros hemos, vivido siempre tranquilos y ahora, cuando ella ha llegado, empiezan las dificultades. ¡Debía

hacértelo pagar caro, Manitobi!

Kirk Brown se adelantó un paso y cogiendo a Duke de un brazo dio un tirón de él, obligándolo a soltar a su mujer. Ésta se echó a llorar en brazos de Marion.

—¡Suélteme, bastardo! —gritó Duke a Brown.

El inspector del Gobierno le cruzó la cara con el dorso de la mano.

Todos creyeron que Duke reaccionaría lanzándose sobre su contrincante, pero lo que hizo fue quedarse asombrado, mirando con ojos temerosos al hombre que le acababa de pegar.

Brown esperó un rato y al fin le dio la espalda y volvió a ocupar la cabecera de la mesa.

Los quejidos de Minelli iban cesando y parecía recobrarse poco a poco.

Brown se aclaró la voz y dijo:

—Creo que en las actuales circunstancias debemos pensar, antes que nada, en salir airosos de la difícil coyuntura en que nos encontramos.

—Es usted muy optimista —replicóle Sam Wallis—. Le vuelvo a repetir que no escaparemos de nuestro final.

—No existe la palabra imposible en mi vocabulario, señor Wallis —dijo el inspector—. Existen miles de venenos y contra todos ellos hay un antídoto. El okarpi no va a ser una excepción.

—¿Es que quiere que le repita mi historia? El jefe de los kiombes no conocía en absoluto ningún medio para contrarrestar los efectos de ese veneno.

—¡Pero tiene que haberlo!

—¿Sugiere usted que vayamos a Fort Hall y nos sometamos al dictamen de un médico?

—Si no tienen ustedes a mano otra solución, creo que será lo más conveniente.

—Emplearíamos diez días en llegar a Fort Hall —dijo Sam—. Y el médico, quienquiera que sea, sólo tendría tres o cuatro días para hallar un antídoto contra un veneno cuya existencia ni siquiera conoce.

—No tenemos dónde elegir —dijo Brown.

—No, creo que no —admitió Sam.

—En ese caso, será mejor que nos pongamos cuanto antes en

camino —dijo Laffite—. Quizá nuestras vidas dependan de la prisa que nos demos.

Charles Minelli se había recobrado. Su rostro estaba pálido, bañado en sudor, y respiraba entrecortadamente.

—Yo duraré menos que vosotros —murmuró con una amarga sonrisa—. Si me da otro ataque, creo que no lo resistiré. Os autorizo para que me peguéis un tiro. Así será mejor.

—En ese caso será preferible que te lo peguemos ahora —dijo Duke rabioso—. Ya has oído a Sam. No hay salvación para nosotros.

—Dejen eso, ¿quieren? —intervino Brown con voz seca—. Aquí nadie pegará tiros. Si el destino quiere que muramos, esperaremos a que llegue nuestra hora. En ningún momento consentiré que se precipite el final de nadie. Y usted, Minelli, levante el ánimo.

—No se preocupe —dijo Charles—. Sabré soportarlo de todas formas.

—Ahora creo que nos conviene preparar el viaje a Fort Hall.

En aquel instante, Gilbert Grahame, dio un paso hacia la mesa y dijo:

—¿Me permite usted unas palabras, señor Brown?

—De acuerdo, Grahame, ¿qué quiere decir?

—Creo que mis conocimientos sobre el okarpi, son un poco más amplios que los de Sam Wallis.

—¿A qué se refiere?

—A que existe un antídoto.

Se produjo un espectacular silencio.

—Continúe, Grahame —dijo Brown—. ¿Qué antídoto es ése?

—No lo conozco, pero sé quién lo posee.

—¿Quién?

—Un hechicero de una tribu de pies negros que encontré hace ocho años en mis correrías cerca de la frontera del Canadá. El jefe se llamaba Cuervo Azul. Ahora deben estar acampados en un valle muy próximo a la confluencia del río Salmón con el Snake.

—¿Cómo lo sabe?

—Esa tribu conserva sus costumbres a través de los siglos. Son pueblos nómadas y cada estación del año la pasan en un sitio. No les ocurre como a los indios —del Sur que, empujados por los colonos, han tenido que abandonar sus territorios.

Sam Wallis, preguntó:

—¿Cómo no me dijiste eso, Gilbert?

—Pensé que si era malo que se supiese lo del okarpi, peor sería que se conociese su antídoto. Un hombre podría tomar té envenenado con alguien a quien quisiera matar y luego él escaparía de la muerte ingiriendo el contraveneno.

Sobrevino otra prolongada pausa. Luego Sam, dijo:

—Tienes razón, pero de todas formas, existe una dificultad que creo insuperable. Estamos a más de quinientas millas del lugar en que están acampados esos pies negros y, como sabéis, para llegar allí, tendríamos que atravesar varias cordilleras. Necesitaríamos algo más que tres semanas para dar vista a ese valle. El okarpi nos habrá matado mucho antes.

—Es cierto —exclamó Duke Fox—. Tendremos que contentarnos con ir a Fort Hall y confiar en la suerte.

Gilbert Grahame, dijo:

—Tú sabes, Sam, que yo conozco la parte del río Salmón como la palma de mi mano. Durante los años que pasé por allí aprendí a sortear las dificultades que la Naturaleza ponía a mi paso. Conozco desfiladeros, sitios que jamás antes habían sido pisados por nadie excepto yo. Me comprometo a conduciros hasta el valle de los pies negros en un plazo de doce días.

Todos tenían los ojos fijos en el rostro del ex presidiario.

—Yo prefiero Fort Hall —dijo Duke Fox—. Esto es cosa de un médico. Ellos saben arreglárselas para sacarle a uno del atolladero. Cierta vez me mordió una serpiente de cascabel y fue precisamente en Fort Hall donde me libré de la muerte. Ahora ocurrirá igual.

—El okarpi no es el veneno de una serpiente de cascabel —dijo Sam.

—¡Al diablo con eso! ¿Quién me asegura que lo que tú nos has contado no es pura fantasía? No me duele nada, no siento ninguna molestia. Hasta me quedaría aquí, pero prefiero ir a Fort Hall para estar más seguro.

Minelli carraspeó y dijo:

—A mí me da lo mismo, porque no duraré muchos días.

Sam Wallis se dirigió a Brown.

—¿Qué dice usted, inspector? Como ve, existe diversidad de opiniones. ¿Fort Hall, o pies negros? Usted representa a la civilización y supongo que también querrá su médico.

Brown miró de hito en hito a Sam Wallis y a Gilbert Grahame. Luego sonrió y repuso:

—Creo que esta vez confiaré en los cazadores de búfalos. Ninguno de ustedes dos tienen motivos para asustarnos acerca del okarpi y si Grahame dice que nos llevará allí en doce días, estoy dispuesto a seguirle.

—¡Yo también formaré parte del grupo! —dijo Danny Roberts—. Esos hechiceros indios son capaces de hacer cualquier cosa.

—Y yo estoy con usted también —convino Laffite.

Paul Ray sintió sobre sí la mirada de los demás y movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Correré el riesgo formando parte de esa expedición.

Kirk miró a Marion.

—¿Y usted, señorita Wallis?

—¿Le importa mi opinión?

—Personalmente no, pero quisiera saber la decisión de cada uno a ese respecto. Es usted libre de elegir.

—Yo iré adonde vaya mi padre.

—De acuerdo. Entonces, viene con nosotros.

—Creo que será interesante esa aventura —murmuró Minelli, sonriendo—. Un montón de desesperados en busca de algo que los pueda librar de la muerte.

Duke Fox se mojó los labios con la punta de la lengua, mirando a su alrededor intranquilo y, finalmente, dijo:

—Parece que estoy en minoría en cuanto a ir a Fort Hall.

—Así parece —dijo Kirk Brown.

—En ese caso, será mejor… que Manitobi… y yo… vayamos también con ustedes.

—Está claro entonces —sentenció el inspector del Gobierno—. Todos vamos a la confluencia del Salmón con el Snake. Conviene por tanto que dejemos sentados ciertos puntos. Como representante del Gobierno, asumiré la jefatura de esta expedición.

—¿Por qué motivo? —exclamó Laffite—. Usted jamás ha estado aquí. Si lo dejásemos solo, sería como un recién nacido, no podría dar ni un solo paso.

—Para ello cuento con el asesoramiento de Gilbert Grahame y el de Sam Wallis. Usted no se preocupe de lo demás.

Danny Roberts carraspeó suavemente, diciendo:

—Yo también opino como Pierre. Creo que no es usted la persona más adecuada para decirnos lo que debemos hacer.

Kirk endureció su rostro, mirando sucesivamente a los que se le oponían, y tras un silencio, dijo:

—No, amigos. No pienso renunciar a la jefatura, que por razón de mi cargo, me corresponde. He observado que muchos de ustedes tienen motivos para odiarse. Quisiera equivocarme, pero creo que en los próximos días, surgirán graves inconvenientes. Desconozco los efectos del okarpi, pero estoy seguro de que éstos han de hacerse notar tarde o temprano. Cuando ello se produzca, y estén por tanto convencidos de que les espera la muerte, puede que se necesite una mano dura para detener sus reacciones. Yo les he conocido a ustedes a un mismo tiempo. No tengo preferencia por ninguno. Por lo tanto no podrán acusarme de favoritismos. Lo hago por su propio bien. Obedézcanme y si hay alguna posibilidad de que nos salvemos, la aprovecharemos hasta el máximo.

—Creo que tiene usted razón —dijo Sam—. Y estoy seguro de que nadie le intentará quitarle la jefatura que, desde ahora, le reconocemos.

—Gracias, Sam —dijo el inspector del Gobierno. Y luego, inquirió—: ¿Alguna otra pregunta?

Nadie la hizo, pero en los ojos de Danny Roberts, en los de Pierre Laffite y en los de Duke Fox, leyó Kirk Brown su disconformidad.

Era tal como había dicho Charles Minelli momentos antes. Diez desesperados, ocho hombres y dos mujeres, que se iban a lanzar a una loca carrera por salvar sus vidas.

CAPÍTULO VII

Sam Wallis se echó el sombrero hacia atrás y señaló la cascada que se veía a lo lejos desde el montículo en que se encontraban.

—¿Qué le parece, señor Brown?

El inspector del Gobierno, que cabalgaba a su lado, se detuvo, contemplando la maravilla que la Naturaleza ofrecía a sus ojos.

—No he visto en mi vida nada parecido.

Acababan de cruzar los Montes Carey y el río que tenían delante era el *Beige* Wood.

—¿Qué le parece si acampamos aquí? —sugirió Sam—. No queda más de media hora de sol y un poco más allá comienzan los montes Sawtooth.

—De acuerdo, Sam.

Sam comunicó a las restantes miembros de la expedición que se detendrían junto a la cascada y pocos minutos más tarde, llegaban a la orilla del Wood. A unas cincuenta yardas de la cascada eligieron un lugar en donde crecía una fresca hierba y todos fueron desmontando. Dispusiéronse a levantar las tiendas en donde habían de pasar la noche.

Hacía tres días que habían salido de Aberdeen. Llevaban recorridas unas ciento veinticinco millas. Empezaban a cabalgar cuando aún era de noche y tras tomarse un pequeño descanso durante el día, seguían hacia delante. Nadie protestaba contra aquella marcha agotadora. Era la vida de todos lo que estaba en juego.

Ahora Kirk Brown, los observaba uno a uno, porque estaba seguro de que la crisis sobrevendría de un momento a otro. Había tenido tiempo suficiente para conocerlos a todos y ahora ya sabía de qué pie cojeaba cada cual.

Banny Roberts quería a Marion, pero él no era el único. Estaba también Pierre Laffite… Varias veces, en el transcurso de aquellos días, había podido sorprender a Laffite mirando a Marion y leyó en sus ojos el deseo. Por otra parte, Pierre era el individuo más peligroso de la partida. A la par que sentía una pasión desaforada por Marion, en su pecho abrigaba un odio profundo contra Paul Ray, el comerciante y Gilbert Grahame, el ex presidiario.

Duke Fox, el grandullón, era un cobarde. El miedo se iba apoderando poco a poco de él. Era el que más se preocupaba por la feroz determinación del destino y desahogaba su impotencia maltratando a Manitobi.

Minelli seguía pasando muy malas noches. En cuanto se acostaba, empezaba a revolcarse de dolor en su tienda. Dormía poco, sólo tres o cuatro horas, y el cansancio le iba minando las energías. Grandes ojeras rodeaban sus ojos y a veces, en medio del camino, tenía que detener su cabalgadura para descansar.

En cuanto a Marion Wallis, también tenía formada una opinión. Era una hermosa y extraña joven. Ella sabía ciertamente que Danny Roberts la amaba, pero no le correspondía. No obstante, la joven coqueteaba con él, Brown había deducido de ello que Marion sentía lo mismo que cualquier otra mujer, pero que no habiendo encontrado en el reducido círculo de sus amigos a aquél con quien deseara compartir su vida, alimentaba las esperanzas de Danny, rindiendo así culto a su femineidad.

No había cambiado apenas palabra con la muchacha desde que salieron de Aberdeen. Ella le rehuía y él, por otra parte, había preferido mantenerse de espectador, estudiando el carácter de cada uno de sus compañeros.

Ahora los tenía bien clasificados y podía jurar sobre la Biblia que el estar en su compañía era como sentarse sobre un barril de pólvora. Tarde o temprano llegaría la explosión.

Interrumpió sus pensamientos cuando vio a Marion que pasaba por delante de él camino de la cascada. Ella giró la cabeza hacia él y sus ojos se encontraron. La joven, entonces, puso los brazos en jarras y preguntó con cierta ironía:

—¿Todavía sigue queriendo ir al Norte…, señor Brown?

Kirk se dio cuenta de la burla que había tras sus palabras, pero estaba seguro de que no era ella la única que pensaba así. Todos

esperaban verle agotado, porque se decían que no podría resistir un género de vida al que no estaba acostumbrado.

—Sí, señorita Wallis. Todavía sigo queriendo ir hacia el Norte.

—Cuánto me alegro. Se va haciendo usted un hombrecito.

—¿Usted cree?

—Claro que sí, no pierda las esperanzas.

Luego, Marion continuó su marcha sonriente, altiva.

La siguió con la mirada y percatóse de algo que había pasado por alto hasta ahora. Vio su airosa cabeza, sus amplios hombros, la línea de su espalda que terminaba en un talle estrechísimo, sus anchas caderas y las esbeltas piernas, largas y bien formadas, que movía produciendo en todo su cuerpo un suave contoneo.

Sí, era una mujer hermosa, muy hermosa. Con un poco de imaginación se le podía quitar aquella vestimenta de hombre y cambiársela por la de una mujer.

Brown cerró los ojos para que la imagen fuese más perfecta.

—¿Qué tal, señor Brown? —Oyó de pronto la voz de Gilbert a su lado—. ¿Cansado?

Kirk abrió los párpados.

—Oh, no, Gilbert. —Pero había sido sorprendido en aquella extraña actitud y tenía que disculparse—: Solamente un poco de sueño.

Era Gilbert con el que más había simpatizado. El ex presidiario le había ofrecido compartir con él su tienda. Ello fue un motivo más para que Pierre Laffite se distanciase de Brown, pero a éste le tenía sin cuidado el complacer o no al turbulento cazador. Sabía que un día u otro tendría que enfrentarse con él.

Hasta el presente no se había quejado ninguno de la jefatura de la expedición. Todos habían acatado las órdenes de Sam Wallis aunque, si bien era verdad, Kirk también había tenido necesidad en aquellos tres días de imponerse a ellos.

Grahame se puso a armar la tienda, mientras Kirk desensillaba los caballos. De pronto, Grahame llamó su atención:

—Mire, Kirk.

—¿Qué pasa?

Siguió la dirección que le señalaban los ojos de Gilbert y vio a Pierre Laffite camino de la cascada.

No le gustó a él tampoco. Era la ruta que había seguido minutos

antes Marion Wallis. Pero no quiso exteriorizar sus pensamientos y lo que contestó fue:

—Bueno, no le puedo ordenar que se esté quieto.

—Desde luego que no —admitió Gilbert—. Pero quizá deba hacerlo dentro de un rato.

Kirk sabía lo que quería decir, pero se encogió de hombros y prosiguió su tarea.

Cuando hubo terminado, lió un cigarrillo y estaba encendiéndolo, cuando vio a Danny Roberts pasar frente a él. Sí, también llevaba el mismo camino que Marion y Laffite.

Frunció el ceño y oyó que Gilbert decía a su lado:

—¿No se lo dije antes? Me temo que va a tener usted que hacer una demostración de su autoridad.

—Lo sentiría. El ambiente está ya muy caldeado. —Dio una chupada al cigarro, viendo desaparecer a Danny entre los árboles, y luego meneó la cabeza en sentido afirmativo—: Pero creo que no tengo otra alternativa.

—¿Quiere que vaya con usted?

—No, gracias, Gilbert. Es cuenta mía.

—Tenga cuidado con Laffite. Tiene un gran repertorio de sucias tretas.

—Lo tendré en cuenta.

Kirk echó a andar en dirección a la cascada, penetró por un bosquecillo de álamos y caminó siguiendo las huellas que habían dejado a su paso los que le precedieron. La hierba tierna aparecía tronchada. Salió del bosquecillo y llegó a un lugar que lo dejó asombrado. Era la parte occidental de la cascada. El terreno estaba allí formado por rocas planas superpuestas, formando una gigantesca escalera. Los tramos eran desiguales, lo cual prestaba al paraje una belleza inigualable. Para ascender había que saltar sobre un charco de agua, pero observó que en las piedras de más allá no había ninguna huella húmeda, lo cual hubiese ocurrido de haber cruzado por allí Laffite y Danny.

Así pues, se debían de haber dirigido hacia la izquierda, donde caía el agua desde una altura de más de veinte metros. Un horrísono fragor le zumbaba en los oídos. El agua formaba una verdadera nube en su vertiginosa caída, estrellándose contra las rocas del fondo. Reanudó su marcha y pasó junto al último escalón,

doblando hacia la derecha. Entonces los vio.

Danny Roberts y Pierre Laffite discutían tan acaloradamente que ni siquiera se dieron cuenta de su llegada. Estaban a unas nueve o diez yardas de él, en un retazo de verde que había junto a un remanso.

—¡Maldito perro! —gritaba encolerizado Laffite—. ¿Es que no te has dado cuenta todavía de que estás haciendo el ridículo con Marion? ¿De qué forma te ha de decir que no te quiere?

Danny Roberts apretaba los puños con tal fuerza que sus nudillos estaban completamente blancos.

—Al menos, yo doy la cara, pero dime, ¿qué es lo que haces tú, Pierre? Te arrastras como un reptil. Eso es lo que haces. Esperas el momento para caer sobre ella a traición. No cuenta para ti su voluntad. Yo, al menos, la respeto. ¿Crees que no conozco las intenciones de tu emponzoñado cerebro?

Pierre lanzó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Es eso, ¿eh, Danny? Tienes celos. Basta mirar tus ojos. Es lo que te corroe el corazón y no el okarpi. Marion no ha sido tuya ni lo será jamás, pero darías cualquier cosa por morir a su lado. Sería un estupendo final para tu romanticismo. ¿Desde cuándo la quieres? ¿Cuatro años, cinco? —Laffite soltó otra carcajada—. Eres un grandísimo estúpido. Tú la quieres espiritualmente, ¿verdad? Pues bien, podemos llegar a un acuerdo. Para ti su espíritu. Y para mí…

—¡No lo digas, Pierre! ¡No lo digas o no respondo de mí!

Pierre Laffite miró sardónicamente a su rival y luego preguntó:

—¿Qué va a pasar si lo digo, Danny?

—¡Te mataré!

—No, Danny. Tú no eres capaz de matarme. Eres demasiado bueno. Te lo he dicho muchas veces. Nos tratas como a hermanos.

—Pero tú eres un canalla. Y aquí tienes la prueba. Has venido detrás de ella.

—Claro que sí. ¿Quién me lo impide? ¿Crees que soy de piedra? Soy de carne y hueso, come los demás hombres. Quiero a Marion.

—¡Tú la manchas sólo al pensar en ella!

Hubo una pausa y finalmente, Pierre meneó la cabeza, mientras extendía la mano, señalando a Danny con el índice.

—¡Escucha esto, estúpido! A partir de ahora se acabó Marion para ti.

—No, Pierre. No ocurrirá nada de eso.

—Te lo digo por las buenas. Se acabó para ti Marion. Si te vuelvo a ver junto a ella, te aseguro que en la primera oportunidad, te meteré una bala en la cabeza. Esa mujer será mía y de nadie más. ¿Lo entiendes?

—Tendrás que matarme primero a mí.

—Eso es lo que voy a hacer si te sigues cruzando en mi camino.

Danny no pudo contenerse más y se lanzó sobre Pierre. Éste le esperaba con los pies firmemente asentados en el suelo y le disparó un terrible puñetazo en el estómago. Danny cayó de rodillas y entonces Laffite le pegó en la nuca con el dorso de la mano. Roberts lanzó un aullido y se desplomó de bruces. Luego, Laffite se retiró, sonriendo.

—¿Tan flojo estás, Danny? Creí que resistirías algo más. Puede que estés cansado. Respira hondo y verás cómo te sientes mejor.

Danny se incorporó trabajosamente y volvió a la carga. Esta vez tuvo más suerte, porque Laffite creyó que le iba a pegar con la izquierda y le soltó la derecha. Pierre trastabilló, cayendo de espaldas al agua. Danny se quedó inmóvil, con el torso echado hacia delante, respirando entre jadeos.

Pierre salió del agua mojado de pies a cabeza. Sus ojos brillaban encendidos de odio. Apretó los puños y acercóse a su rival. Éste volvió a lanzar su derecha, pero Pierre dejó pasar el brazo por su hombro y luego replicó con un golpe demoledor. Danny, alcanzado en los riñones, se abatió en el suelo, retorciéndose de dolor.

—Aún no he terminado contigo —gritó sádicamente Pierre—. Te voy a patear la cara. Quedarás de tal forma, que sentirás vergüenza de que te mire Marion.

De pronto Kirk Brown, dijo con voz serena, desde el lugar en que se encontraba:

—No haga eso, Laffite.

Pierre volvió la cabeza como si hubiese sentido la picadura de un escorpión. Se quedó mirando con la frente arrugada al inspector del Gobierno y de pronto sus labios se distendieron en una sonrisa.

—Nos ha estado espiando, ¿eh?

—Puede llamarlo como quiera. Pero, como jefe de esta expedición, me tengo que preocupar de los asuntos internos.

Kirk descendió hasta el lugar en que se hallaban los dos

hombres. Danny se levantó con mucho esfuerzo.

—¿Quiere ocupar su lugar, señor Brown? —dijo Laffite, señalando al hombre que había vencido.

—No tengo inconveniente.

Danny Roberts miró al inspector.

—Será mejor que se esté quieto, Brown. Creo que no está usted acostumbrado a esta clase de lucha.

Kirk hizo caso omiso de la advertencia de Roberts y se enfrentó con Pierre. Éste le dijo sonriente:

—Me alegro de que se haya presentado la oportunidad antes de lo que esperaba. Ahora comprenderá por qué es usted el hombre más incompetente de todos nosotros.

—Tengo verdaderas ganas de que me lo demuestre.

Laffite hizo un amago con el brazo derecho para pegar con el izquierdo, pero no engañó a Kirk, el cual blocó el golpe con suma facilidad.

Laffite le miró frunciendo el ceño.

—¿Se las da de gran luchador, eh?

—Yo no digo nada. Es usted quien saca las conclusiones, al parecer.

—Lo de antes ha sido fácil. Veamos cómo se porta ahora.

Laffite dio una vuelta alrededor del hombre que ya consideraba su víctima y de pronto atacó. Golpeó dos veces seguidas el estómago de Kirk, pero éste replicó al propio tiempo, alcanzándole en un pómulo. De pronto, la voz de Marion Wallis, interrumpió la pelea.

—¿Qué es lo que hacen? ¿Se han vuelto locos?

Pierre y Kirk se separaron.

Marion había aparecido por el recodo de la izquierda y mostraba todo el cabello mojado. No había secado bien su espalda y la camisa se había pegado a ella, mostrando una gran mancha húmeda.

—Enseñaba a pelear a nuestro amigo Brown —respondió Laffite.

Marion observó al maltrecho Danny y se dio cuenta de lo que había ocurrido antes de su llegada. Roberts la miró avergonzado y de pronto dio media vuelta y se alejó en dirección al campamento.

—¿Le has pegado, Pierre? —inquirió Marion.

—Danny es como un niño. Una tunda le vendrá bien —contestó Pierre.

—¿Por qué fue?

—Pensamos de diferente manera respecto a algo.

Kirk se sentó en una piedra, abriendo y cerrando la mano que había utilizado para luchar con Laffite y dijo:

—Pelearon por usted, Marion. Laffite vino en busca de usted y Danny le siguió. Al parecer, Pierre la quiere en exclusiva.

Laffite miró con ojos cargados de odio a Brown.

—¡Maldito entrometido!

—¿Por qué callarse, Pierre? —Retrucó el inspector, sonriente—. Vamos, no se amilane. Le dijo a Danny que ella no sería de nadie más que de usted. ¿Por qué no se lo repite ahora cara a cara? Al fin y al cabo, es la interesada.

Marion abrió unos ojos asombrados.

—¿Es eso cierto, Pierre?

El cazador apretó rabiosamente los labios y tras mirar a uno y otro alternativamente, dio media vuelta y se alejó por el mismo camino que había seguido Danny.

Los dos jóvenes quedaron solos.

—No debió decir eso, señor Brown —dijo Marion.

—¿Por qué?

—Ahora, sí el veneno no acaba con usted, lo hará Pierre.

—Correré ambos riesgos —murmuró Brown, contemplándola bella como una diosa.

Ella permaneció pensativa unos segundos y luego, dijo:

—Así pues, usted ha venido también.

—Me imaginé lo que iba a ocurrir y creí mi deber impedirlo.

—¿Fue solo por eso?

—¿Qué es lo que piensa? ¿Cree acaso que lo he hecho por el mismo motivo que ellos…, por usted?

—Pienso que la respuesta ha de salir de sus labios, señor Brown.

—Está bien, se la diré. No, señorita Wallis. No he venido por usted. No me interesa, si es a eso a lo que usted se refiere.

Ella levantó altivamente la barbilla, diciendo:

—Parece usted muy seguro.

—Completamente. No es usted mi tipo, Marion.

Los ojos de la hermosa joven echaron chispas.

—¡Es usted un insolente!

—Recuerde que fue usted quien me preguntó. Y ya que ha

sugerido esta conversación, creo oportuno hacerle algunas consideraciones. Para esos hombres es usted un explosivo. Probablemente se pasan más de un año sin ver a una mujer que no sea usted. Es lógico que anden a la gresca por conseguirla y que estén dispuestos incluso a matar.

—¿Y qué?

—Deje de coquetear con ellos. Nos convendría a todos. Espere a que transcurran las jornadas que faltan para llegar al campamento de los pies negros y luego, una vez nos hayamos librado de la muerte, puede usted continuar su juego si lo desea.

El pecho de la joven se agitó embravecido.

—¡Es usted el hombre más desaprensivo que he conocido! ¿Cómo se atreve a hablarme así?

—Como jefe de la expedición, considero mi deber hacerlo.

—Pero usted no me puede dar esas órdenes.

—Se equivoca. Ya ha visto lo que ha pasado aquí. De usted depende en gran parte que haya paz entre ellos. De lo demás, me encargo yo.

—Me irrita su forma de hablar. Por lo visto, usted no se equivoca nunca. Se cree superior a todos nosotros. Lo vi en sus ojos en cuanto llegó. Es un maldito orgulloso. Por eso dice que no soy su tipo. Probablemente, para usted sólo lo será la hija de algún senador. Nos considera como a salvajes, eso es, como si fuésemos indios.

—Posee usted una imaginación volcánica, señorita Wallis. Lamento que lo tome así. —¿Lo lamenta? ¡No trate de engañarme! Basta observar la forma en que nos mira.

—¿De veras? ¿Cómo la miro a usted?

—Usted lo ha dicho antes. Me cree una mujer vulgar, una cualquiera que hoy coquetea con uno y mañana con otro. Me cree una mujer sin escrúpulos. Y no quiero pensar en lo que su turbio cerebro añadirá por su cuenta a esas imágenes.

Kirk movió la cabeza en sentido negativo.

—Oh, no, Marion. Usted se equivoca. Eso es absurdo. —Hizo una pausa y luego prosiguió—: Veo que es difícil convencerla. Usted es de esas personas que se aferran a Una idea y difícilmente la modifican. Lo siento de verdad, señorita Wallis.

—¿Lo siente? —Marion sonrió con ironía—. Adivino lo que

pretende ahora. Quiere hacerse pasar por un buen chico. Por un momento he vacilado, pero ahora, de pronto, he descubierto el porqué de sus palabras.

—¿Qué es lo que ha descubierto?

—Pretende ganarse mi amistad para tener la seguridad de que le seguiré la corriente, de que le obedeceré.

—Usted debe obedecerme sin necesidad de que yo la convenza.

—¿De veras? ¡Pues escuche bien! Coquetearé con quien quiera, con Danny, con Pierre, con Gilbert… Y atrévase a impedirlo. ¡Los lanzaré a todos contra usted, uno a uno, si es preciso!

Kirk apretó con firmeza los labios. Luego se levantó y acercóse a la joven.

—Está bien. Si usted lo quiere así…

Se abalanzó de pronto sobre ella y la cogió por la cintura. Marion dio un grito y trató de morderle la mano. Pero Kirk hizo un movimiento rápido y la atrajo hacia él.

—¡Suélteme…! Me hace daño… ¡Suél… teme!

Trató de desasirse, pero él la tenía fuertemente sujeta y no lo consiguió.

Al fin él se levantó, poniendo a Marion de pie y la arrojó lejos de sí.

Marion echó mano al revólver, pero él desenfundó rápidamente y la apuntó, diciendo:

—No, fierecilla, no haga eso o me obligará a hacerle un agujero en su linda mano.

—¡Me las pagará, sucio embustero! —gritó ella, loca de rabia—. ¡No descansaré hasta verlo arrastrándose a mis pies!

—Se hará muy vieja esperando ese día, si logramos escapar de ésta.

La joven se mordió el labio inferior con fuerza, giró y se marchó.

Kirk la siguió con la mirada y luego empezó a sonreír, volviendo el revólver a la funda.

CAPÍTULO VIII

Ocurrió durante la quinta noche. Aquella tarde habían dejado atrás los montes Sawtooth. Acamparon en un valle.

Todos estaban cansados, cerca del límite de sus energías. Ni siquiera habían probado bocado. Se limitaron a armar sus tiendas y a acostarse.

Kirk tuvo que ir de tienda en tienda, indicando a cada uno cuál era su hora de guardia. El se había reservado para sí la de las dos a las cuatro de la madrugada.

Estaba allí despierto, teniendo cerca a Grahame, escuchando de vez en cuando los quejidos de dolor de Minelli. Era algo lacerante que se le metía a uno por los oídos, haciéndole temblar de la cabeza a los pies. Sólo ocurría de noche. De día, Charles cabalgaba igual que los demás, sin quejarse. Pero en cuanto llegaba el momento de descansar, era siempre lo mismo. Kirk sentía piedad por él. El simpático hombrecillo debía sufrir un dolor terrible. En aquellos cinco días de marcha había adelgazado ostensiblemente. Seguía durmiendo muy poco y era lógico esperar que en cualquier momento sobreviniese un fatal desenlace. Un hombre no podía resistir tanto. Pero todos estaban demasiado cansados y dormían, a excepción de Paul Ray, que hacía su guardia, y él, Kirk, que por más que lo intentaba, no lograba conciliar el sueño.

Cada vez estaba más preocupado. En aquellos dos días transcurridos desde el incidente de la cascada, cuando sus ojos se encontraban con los de Laffite, observaba en ellos la sentencia de muerte que gravitaba sobre su cabeza.

Marion no se había equivocado. Si lograba salvarse del veneno, tendría que hacer frente al peligro de Laffite. Pero un sexto sentido le decía que Pierre no esperaría a llegar al campamento de los pies

negros para ajustar cuentas Con él. Laffite preparaba algo en su cerebro. Estaba seguro de ello.

Oyó las voces de Paul Ray y de Duke Fox.

—No hay novedad, Duke —dijo el comerciante.

—¿Tú crees? Ese condenado Minelli… Es para volverse loco. ¿Por qué no se calla de una vez?

—Es su úlcera. El veneno la debe haber corroído más.

—¿Y qué culpa tenemos nosotros? ¿Por qué nos tiene que molestar? Estamos cansados, ¿no? Necesitamos dormir. Nos va a volver locos a todos.

—Tómatelo con calma, Duke. Hemos de ayudarnos unos a otros.

—Minelli no llegará. Todos estamos seguros de ello, incluso él mismo. Morirá mañana, pasado, cualquier día, pero no llegará al Snake.

—Es posible que así sea. Pero yo lo lamentaré.

—¡Pues yo, no! —exclamó Duke—. ¡Así nos dejará en paz!

—¿Por qué eres tan egoísta?

—No se trata de eso. Apuesto a que podríamos ir más deprisa si no le tuviésemos a él. Pero ese condenado de Brown, desde hace unos días, no hace más que retrasar la marcha. Sé que lo hace por él, porque de lo contrario, ya se hubiese quedado atrás y estaría a muchas millas de nosotros. Tú lo sabes, Ray. Nos quedan solamente ocho o nueve días de vida, lo máximo, diez. Minelli irá empeorando.

—Quizá mejore.

—No nos engañemos. Desde hace dos noches, grita mucho más. Apenas duerme. ¿No lo has visto cabalgar hoy? Es como un fardo sobre la silla. Se tambalea de un lado a otro y tiene que acostarse sobre el cuello del animal para no caer.

—Sí, lo he visto, igual que todos —dijo Ray—. Pero seguiremos adelante con él. Le ayudaremos en todo lo que podamos.

Hubo una larga pausa.

—¡Ayudarle! Eso es —exclamó Duke—. ¿Te acuerdas de sus palabras? Dijo en Aberdeen que le pegásemos un tiro. Lo pidió como un favor, y es lo que debimos hacer. Le habríamos dado la paz. Es lo que está deseando.

—¡Cállate! No debes decir eso.

Durante un rato, Kirk no oyó nada. Por fin llegó la voz de Duke,

que dijo:

—Está bien, olvídalo. Vete ahora a descansar.

—Te deseo una buena guardia.

Kirk oyó las pisadas de Ray, que se retiraba a su tienda.

No, no le había gustado el diálogo. Aquella misma mañana, Duke había golpeado a Manitobi. Fue Grahame quien saltó sobre él con una asombrosa agilidad y lo cogió por el cuello. Lo hubiera estrangulado de no haber sido porque él, Kirk, estaba cerca. Los separó y amenazó a Duke, diciéndole que no volviera a hacerlo o lo dejaría abandonado a su suerte, para que llegase por sus propios medios al Snake.

Pero sus palabras no habían valido de nada. Estaba seguro. Duke Fox continuaba igual. Y ahora no podía resistir los gritos de Minelli.

Era evidente que se encontraba al borde de una crisis nerviosa, como lo demostraba su comportamiento, y él, Kirk, debía evitar que de ello surgiesen funestas consecuencias.

Estaba firmemente decidido a evitar que Duke Fox cometiese una locura.

Sopesó la situación. Tendría que emplear mano dura con alguno de los cazadores. Se daba cuenta de que era él quien habíalos mantenido disciplinados hasta el presente. En cuanto cediese una pulgada, todo se vendría abajo, se desatarían las pasiones y sobrevendría una catástrofe sobre sus cabezas…

¡Al diablo con todo! Necesitaba dormir él también.

Estaba acostado sobre el lado izquierdo y cambióse hacia el otro.

De pronto, se dio cuenta de que algo estaba fuera de lugar. ¿Qué era? Sí, los quejidos de Minelli. Se habían dejado de oír.

Presa de un extraño presentimiento, se levantó de un salto, cogió el revólver y salió de la tienda. Vio la hoguera a cuyo lado debiera estar Duke Fox, pero junto al fuego, no había nadie. Entonces echó a correr hacia la tienda de Charles Minelli, pero se detuvo en seco al oír a Duke Fox:

—Sí, Charles, yo te voy a dar la paz que tanto necesitas. Será sencillo y ni siquiera lo sentirás. Yo soy tu amigo, ¿verdad, Minelli? No puedes sentir rencor contra mí. Lo comprendes, ¿verdad?

Kirk reanudó su carrera y entró como un ciclón en la tienda, en el preciso momento en que Duke iba a disparar. Le pegó con la culata del revólver en el brazo y el cazador soltó un aullido de

dolor, dejando caer su pistola al suelo.

Charles Minelli se hallaba sentado sobre su lecho de pieles y su rostro era una máscara inexpresiva.

—¿Qué ha hecho, señor Brown? ¿Por qué no ha dejado que me matase?

—¿Con qué clase de locos me encuentro? —dijo Kirk.

Duke hizo una mueca de rabia.

—¡Es usted el que no está en su sano juicio! —gritó—. ¿Es que no lo oye? ¡El nunca llegará al campamento de los pies negros!

—¿Y quién le asegura, Duke, que usted llegue?

La cara del cazador se crispó de pánico.

—¡Porque ha de ser así! —dijo con voz temerosa.

—Grahame me ha dicho esta mañana que no estaba muy seguro de recordar el camino. Usted sabe que luchamos contra el tiempo. Si nos extraviamos, jamás lo llegaremos a contar.

Duke se mordió el labio inferior.

—¡Dice eso porque goza metiéndonos miedo!

—No, Duke. Se lo digo para que sepa usted que ninguno de nosotros disponemos ya de nuestras vidas. Están en manos de Dios. Por tanto, usted no es quién para acabar con la de Minelli. Métase esto bien en la cabeza. Si él necesita un milagro para salvarse, empiece a rezar porque los demás, necesitamos otro.

Duke quedó sobrecogido, inmóvil durante unos segundos, sin saber dónde fijar la mirada, mientras en su cerebro barrenaban las palabras que le acababan de ser dirigidas. Luego, dio media vuelta y salió de la tienda.

Minelli emitió un suspiro y murmuró:

—Creo que tiene usted razón, Kirk. Confieso que he sido un cobarde. —Se sujetó el estómago y añadió—: No sabe usted cuánto duele.

—Me hago cargo, Charles. No tiene por qué excusarse.

—Sólo soy un desesperado.

—Lo somos todos. He hablado en serio cuando le he dicho a Duke lo de Grahame. Necesitamos de la ayuda de la Providencia para llegar a nuestro destino.

—De acuerdo, Brown, no se preocupe. A partir de ahora, por mucho que esto pique, lo aguantaré como sea.

—No tiene que hacer eso. Quéjese cuanto quiera.

—No, Kirk. No quiero que se molesten más. Me será fácil. Pensaré en lo que ha dicho usted antes, que todos llevamos encima la misma marca.

De pronto se llevó a la boca un pañuelo que tenía en la mano, hecho una bola y lo mordió.

Kirk lo vio estremecerse. Gruesas gotas de sudor bañaban su frente y sus dientes rechinaban.

Pasado un minuto, Minelli dijo con una amarga sonrisa:

—Gracias por sus palabras. Márchese ahora. Necesito descansar.

—Contésteme a una pregunta, Charles. Cuando usted empezó a sentir esos dolores en el estómago, ¿no tomaba nada para calmarlos?

—En Aberdeen no hay médicos, señor Brown, y mis dolores cesaron en cuanto dejé de tomar *whisky*.

Kirk recogió el revólver de Duke, que estaba en el suelo y se despidió.

—Buenas noches, Minelli.

Una vez fuera, Kirk le devolvió la pistola a Duke, que estaba junto a la hoguera, y le dijo:

—Piense que todos estamos en la misma situación que usted, Duke. Quizá eso le ayude a soportarlo.

—¡Váyase al cuerno! —rezongó el grandullón.

Kirk estuvo a punto de cruzarle la cara, pero se contuvo, pensando que no iba a ganar nada con ello.

Giró sobre sus talones y se dirigió a la tienda que compartía con Grahame.

De repente se detuvo, observando la silueta de Marion. Se recortaba sobre el cielo, teniendo como fondo a la luna. Estaba un poco más arriba de la ladera que habían escogido para acampar, apoyada en una roca. Subió lentamente hacia ella.

—¿Qué le pasa, Marion? —preguntó—. ¿También tiene pesadillas?

—¡No le importa a usted! —le contestó—. Ya he oído su conversación con Duke y Minelli.

—¿Tiene algún reparo que oponer?

—Quiere dar la impresión de que se interesa por la vida de los demás, ¿verdad, señor Brown?

—¿Y no es así?

—A mí no me engaña. Es su propia vida la que le interesa.

Kirk sonrió.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

—Usted se dio cuenta desde que fuimos envenenados de que sólo llegando al campamento de los pies negros podremos salvarnos.

—No fui yo solo. Creo que llegamos a la misma conclusión todos. Por ello nos pusimos en camino.

—Pero a usted le interesa que nadie pelee, que se mantenga la disciplina, no porque alguien pueda morir, sino porque nos necesita a todos para poder llegar. Usted tiene que apoyarse en el esfuerzo de los demás, porque como dijo Pierre, sería como un niño recién nacido si lo dejásemos solo en este territorio salvaje.

—¿Es eso lo que le quita el sueño?

—¿Por qué no deja de ser sarcástico alguna vez?

—Sería peor para usted. ¿Prefiere que repitamos la escena del otro día?

—¡Si usted pone otra vez las manos encima de mí, lo mataré, señor Brown!

Hubo un silencio.

Kirk miró los ojos brillantes como ascuas de la hermosa joven.

—¿Sería capaz de disparar contra mí?

—¡No lo dudaría ni un instante!

—¿Y echaría sobre su conciencia un crimen?

—Usted sería el único culpable de ello.

—¿Si yo volviese a poner mis manos encima de usted?

—Eso mismo.

Estaban los dos solos en la inmensidad de la noche. La luna prestaba una inigualable belleza al rostro de la joven y Kirk veía palpitar las aletas de su nariz y estremecerse sus mórbidos senos. Dio un paso hacia ella.

—¡Estése quieto, señor Brown! —dijo Marion, con voz opaca.

El dio otro paso hacia ella.

Marion bajó la mano hacia la funda del revólver que gravitaba sobre su cadera.

—¿Por qué quiere mostrarse hostil, Marion? —preguntó él, alargando su diestra.

—¡No me toque! —contestó ella, y empezó a sacar el revólver.

Kirk la sujetó por la muñeca.

—¿Qué es lo que tiene contra mí, muchacha? —le preguntó.

—¡No me toque! —repitió ella.

El, al contacto de la tibia carne, sintió un estremecimiento. Vio sus labios entreabiertos y percibió el sutil aroma que se desprendía de ella. La atrajo contra sí, dándole un tirón y la besó en la boca.

La mano de la joven, que apretaba la culata del revólver con firmeza, se fue abriendo poco a poco y luego quedó inerte. El se separó y durante un rato, ninguno de los dos dijo nada.

—Ande, márchese a dormir —dijo él.

Ella se le quedó mirando con el ceño fruncido.

—¿Es sólo para eso para lo que quería besarme?

—¿No es lo que se les da a las niñas buenas que obedecen a los mayores?

La mano derecha de Marion cruzó el aire y se estrelló en el rostro de Kirk. Inmediatamente después, ella descendió por la ladera y dirigióse hacia su tienda.

Kirk se la quedó mirando y luego, cuando la joven hubo desaparecido, se acarició el rostro precisamente por la parte en que ella le había golpeado.

CAPÍTULO IX

Eran las diez de la mañana del séptimo día de viaje. Cabalgaban por un terreno escabroso en fila india, yendo a la vanguardia Grahame y Brown.

De pronto, Gilbert se detuvo y miró con gesto preocupado al inspector del Gobierno.

Éste chasqueó la lengua y dijo:

—No se acuerda del camino, ¿verdad?

—Así es. Estos montes son tan iguales unos a otros como gotas de agua. Será mejor que acampemos un rato. Si continuamos, nos exponemos a errar el camino.

—Sí, será mejor —asintió Brown, y luego, volviéndose a sus compañeros, gritó fuerte—: ¡Acampamos aquí!

Danny Roberts y Pierre Laffite se acercaron.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Danny.

Brown se lo comunicó, añadiendo luego:

—Grahame hará una descubierta y nosotros le esperaremos.

Laffite soltó una risita y a continuación dirigió una aviesa mirada a Grahame.

—A mí no me la juegas, Gilbert.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el ex presidiario.

—Conozco tus pensamientos como si leyese en un libro abierto. Te propones abandonarnos. Lo has estado pensando desde el principio.

—¿Estás loco?

—No, Grahame. Confieso que es una buena jugada. Tú fuiste el que nos animó a ir al campamento de los pies negros. Nuestra primera idea fue dirigirnos a Fort Hall, pero tú, con mucha astucia, nos lo quitaste de la cabeza. Ahora sabes perfectamente que si nos

dejas aquí, nunca llegaremos a Fort Hall a tiempo.

Los demás cazadores se habían ido acercando también y escucharon a Laffite. La fría atmósfera estaba tensa.

—¿Crees que todos somos como tú? —dijo Gilbert—. Es posible que tú hicieses eso, si te encontrases en mi caso. Pero yo no tengo ninguna razón para conducirme con vosotros así.

—No seas niño, Gilbert —le contestó Pierre, con una sonrisa—, todos recordamos tus palabras del otro día, cuando dijiste que no habías matado a O'Connor, que habías cumplido una condena injustamente. Ésa sería tu venganza. ¡Cómo disfrutarías pensando lejos de aquí que nosotros estábamos irremisiblemente condenados a muerte!

—¡Maldito reptil! —exclamó Gilbert, y quiso lanzarse sobre Laffite, pero Brown estaba atento y se interpuso entre ambos.

—¡Ya está bien! —ordenó con voz perentoria—. Tienen los nervios excitados. ¿Por qué no dejan ya de molestarse unos a otros? Y en cuanto a usted, Laffite, será mejor que sólo intervenga cuando le pidan su parecer.

—¿Quiere decir, Brown, que va a dejar ir a Grahame? —preguntó Laffite con los ojos fruncidos.

—Exactamente. No recuerda el camino y ha de explorar el terreno.

—Está bien. Yo iré con él —dijo Pierre.

—No quiero que luchen ustedes, mientras pueda evitarlo. Le acompañará Ray.

El comerciante asintió con la cabeza. Inmediatamente, Brown hizo una seña a Gilbert, y éste y el comerciante se apartaron de allí, dirigiendo sus cabalgaduras hacia el Norte.

Cuando desaparecieron, Laffite soltó una risita, diciendo:

—Es usted muy ingenuo, Brown. Ahora es cuando ha demostrado su incompetencia. Yo le diré lo que va a pasar. Grahame se cargará a Ray y se largará sólo al campamento de los pies negros. Ahora es cuando estamos condenados a muerte de verdad y nadie ni nada podrá salvarnos.

—¡No! —gritó Duke—. Yo…, quiero decir… Grahame no puede hacemos eso.

—Ten por seguro que lo hará —sentenció Laffite, y se apartó de

sus compañeros, descabalgando junto a un árbol.

Todos le imitaron, dejando descansar a los animales y sentáronse en las piedras que abundaban por allí.

Kirk se acercó a Minelli.

—¿Cómo va ese estómago?

—Estupendamente, desde que usted me dio aquellas hierbas —respondió el cazador, sonriente—. Es usted grande, Brown. ¿Cómo diablos tiene usted esos conocimientos, que hasta ignoramos nosotros, los cazadores?

—Todo tiene una explicación. He sido muy aficionado a la Botánica. En realidad, tuvimos mucha suerte cuando el otro día nos tropezamos con esa planta medicinal en el monte.

—Me hacía falta. Por fin he podido dormir, y ya ha visto, han tenido que despertarme para poder proseguir el camino. Creo que de no haberlo hecho, aún estaría durmiendo. —Minelli dirigió la mirada hacia Danny y Duke, que estaban intercambiándose una botella de *whisky*—. Debe tener cuidado con ésos. Llevan todo el día bebiendo.

—Sí —dijo Kirk—. Creo que sobrevendrán nuevas complicaciones. Duke bebe para perder el miedo y Danny para cobrar arrestos, con el objeto de enfrentarse con Laffite.

—Cuando me necesite, estaré de su parte, señor Brown.

—Gracias, Charles. También usted es todo un hombre.

Kirk se apartó de él y cuando pasaba junto a Sam Wallis, éste ofrecióle la pastilla de tabaco, que mordisqueaba.

—No, gracias, Sam. No lo gasto.

Un poco más allá, Manitobi intentaba sacar una espina que Marion se había clavado en un pie. Kirk se detuvo ante ellas. Sus ojos se encontraron con los de Marion.

—¿Me deja a mí, Manitobi?

La india se apartó. Kirk se agachó y cogió el pie lesionado. Permaneció observándolo un rato y luego dijo:

—Se la ha clavado bastante profunda. No hay más remedio que sacarla.

—Eso es lo que usted cree —dijo ella, desasiéndose de un tirón —. Me he clavado muchas espinas como ésta en mi vida y nunca me ha pasado nada.

—Pero ésta se le infectará. Como jefe de la expedición no puedo

permitir que un miembro de ella quede incapacitado para proseguir el camino por pura negligencia.

—Usted se estará quieto, señor Brown.

El negó con la cabeza.

—No, Marion. Le voy a extraer esa espina, quiera usted o no. —Luego, suavizando la voz, preguntó—: ¿Es que tiene usted miedo?

—¿Miedo yo? —La joven irguió la barbilla, ofendida—. Sepa usted que soy un cazador de búfalos.

—Tendrá que demostrármelo. Apuesto a que si le saco esa espina se echa a llorar como una chiquilla.

Los ojos de Marion brillaron con furia.

—Le demostraré cuán equivocado está, señor Brown. ¡Saque la espina!

Kirk desenfundó su cuchillo de monte y cogió el pie, aplicando la punta de aquél en el lugar de la lesión. Sintió que Marion se estremecía cuando le produjo la incisión. Luego, con un movimiento rápido de su mano, extrajo la espina. Cayeron unas gotas de sangre al suelo y miró a la joven.

—Ya he terminado. Ahora, sólo le hace falta un vendaje. ¿Quiere ir a mi caballo, Manitobi? Allí encontrará en una de las alforjas un paquete con vendas.

La india asintió y fue por las vendas. Minutos más tarde, el inspector del Gobierno se enderezaba una vez hubo terminado su trabajo.

—¿Qué dice ahora, señor Brown? —inquirió desafiante Marion.

—Que yo sólo pretendía sacarla de sus casillas para lograr que se dejase quitar la espina.

La joven exteriorizó la furia que la invadía.

—¡Condenado embustero…! ¡Algún día le haré arrepentirse de sus tretas!

Kirk le hizo un saludo con la mano, mientras echaba a andar y decía:

—Esperaré ese día con verdadera impaciencia, señorita Wallis.

Se sentó sobre una roca y lió un cigarrillo. Laffite quedaba a su izquierda, a unas diez yardas de él y de vez en cuando, sus ojos se encontraban y Laffite, entonces, distendía los labios en una sonrisa de sarcasmo.

Kirk estaba cada vez más seguro respecto a él. Sabía que estaba

planeando algo y que cuando se decidiese a obrar, sería el momento en que correrían el mayor peligro.

Transcurrió una hora sin que Grahame ni Ray volviesen. Duke se le acercó, dando traspiés y quedó balanceándose, con el cuerpo echado hacia delante.

—Buen jefe está usted hecho, Brown.

—Lárguese, Duke, no se encuentra bien.

—Haga esto, vaya allí, vigile la retaguardia, suba a aquel monte… ¿Qué más, jefe? Oh, sí… ¡Lárguese! Pero ¿quién se cree que es? Tiene usted una idea muy grande de sí mismo, pero le diré la que tengo yo. Es usted un señorito de la ciudad que, valiéndose de influencias, ha conseguido ser algo. No tiene experiencia, ni conocimientos, y mire adónde nos ha llevado su enorme sabiduría. ¡Ha dejado ir a Grahame y ese maldito perro, nos ha dejado en la estacada!

—Será mejor que se calme.

—Sí, Duke, será mejor que te calmes —retrucó Laffite, recostado sobre una piedra, a unas yardas de allí.

Kirk observó la sonrisa que había en sus labios.

—Ya estoy calmado —siguió diciendo Duke—, pero todavía tengo algo que decirle, Brown.

—Usted no va a decir nada más —dijo Kirk, al tiempo que se ponía en pie.

—Le voy a deshacer a golpes —exclamó Duke, e inmediatamente, lanzó su puño derecho contra Brown.

Éste sólo tuvo que ladearse para que el golpe se perdiera en el vacío y Duke se viniese abajo, cayendo de bruces sobre el suelo. Allí quedó tendido y de pronto, comenzó a gemir.

—¡Moriremos todos! ¡Uno a uno! ¡Y todo por culpa de usted! ¡Maldito sea hasta su último momento!

Kirk miró un instante al casi desvanecido Duke y luego echó a andar, cruzándose en el camino con Manitobi, la cual iba a socorrer a su marido.

Llegó ante Danny y le quitó de un manotazo la botella que sostenía entre sus manos.

—¿Qué es lo que hace, Brown?

—¡Se ha acabado el *whisky* aquí! ¡Nadie volverá a beberlo! —Y diciendo esto, arrojó la botella con fuerza contra el suelo,

haciéndola añicos y derramando su contenido por la tierra, que la embebió al instante.

—¡Puerco entrometido! —gritó Danny, y se puso en pie.

Pero Kirk lo sentó de un manotazo. Los ojos de Danny brillaron de rabia y tras un instante de vacilación, en que pareció ir a atacar, se desinfló, permaneciendo sentado. Kirk sabía que ahora contaría con un enemigo más. Retrocedió unos pasos y gritó fuerte, para que todos pudieran oírle:

—¡Quiero que me entreguen ahora mismo todo el *whisky* que lleven consigo!

—¿Qué pretende hacer? —preguntó Sam Wallis, incorporándose de donde estaba.

—Llevaré en mi caballo un par de botellas para el caso de que las necesitemos. Sólo serán utilizadas como medicina. Las demás, se van a quedar aquí…, hechas pedazos.

Nadie le respondió durante unos instantes. Todos habían quedado inmóviles, incluso Laffite, y sus rostros denotaban su disconformidad. Entonces, Kirk apretó los labios y desenfundó el revólver.

—¿Qué están esperando? ¡Las botellas de *whisky*!

Hubo otra pausa y finalmente, Sam Wallis se puso en movimiento. Se dirigió a su caballo, cogió dos botellas que tenía en sus alforjas y volvióse hacia Kirk. Inmediatamente, los demás le imitaron. Cada uno fue dejando las botellas donde estaba Kirk, en el suelo. Éste contó hasta siete botellas. Entonces, apretó el gatillo. Estaban muy juntas y bastaron dos disparos para que todas quedasen destrozadas. Un río de *whisky* corrió por el suelo y todos lo miraron hasta que la última gota desapareció tragada por la tierra.

—¿Cree que va a ir muy lejos así? —preguntó Laffite—. Se la está ganando, Brown, y apuesto a que se acerca el momento en que se arrepentirá de todos sus actos.

—Le conozco ya lo suficiente para saber que no me amenaza en vano, Laffite. Sé que es usted como un reptil, que espera el momento preciso para atacar. Pero le voy a dar un consejo gratuito. Procure asestar bien el golpe en el momento más inopinado, porque le juro que no le daré otra oportunidad.

Pierre sonrió, mostrando su dentadura.

—De acuerdo, Brown. Cuando me decida, la haré tragar sus palabras. Tengo mucho tiempo por delante.

—¿Cómo podéis hablar así? —gritó Duke, balanceándose como si fuera a caer de nuevo—. ¡Gilbert no volverá! Nos ha tendido una trampa. Ninguno de nosotros escapará de ella. ¡Ninguno!

Kirk hizo caso omiso de las palabras del borracho y enfundó el revólver, dirigiéndose adonde se hallaba su caballo. De pronto, la voz de Duke, le detuvo:

—¡Quieto, Brown! Le estoy apuntando con mi revólver. ¡Levante los brazos!

Kirk obedeció lentamente y luego giró hacia Duke.

—¡Guarde ese revólver! —le conminó.

Duke desorbitó los ojos, mientras hacía una mueca.

—No, Brown. Ya ha dejado de dar órdenes. Nos ha conducido al desastre. Se lo dijimos en Aberdeen. Usted no tenía ningún derecho a mandar sobre nosotras. Ha desperdiciado nuestro *whisky*. Era lo único que nos podía sostener hasta que llegase nuestro último minuto.

—Ha bebido demasiado, Duke, y me ha obligado a tomar la determinación de acabar con la bebida para el resto del viaje.

—¿Viaje? Ya no habrá ninguno. ¿Es que no se ha enterado todavía? Gilbert Grahame no volverá jamás. Ese condenado ex presidiario sabía lo que se hacía y usted es culpable de haberle seguido el juego. ¡Le voy a matar, Brown!

Sam Wallis fue a desenfundar, pero Duke lo vio.

—No haga eso, Sam, o le hará compañía.

—Brown tiene razón, Duke —dijo Sam—. Estás borracho.

—¿Y qué si lo estoy? A veces, así se ven las cosas más claras.

—Sobre todo si no se tienen arrestos para disparar contra un hombre —dijo Kirk.

—Sí, Brown —murmuró el borracho—. Soy un cobarde. Todos lo saben. Durante estos días, he visto cómo me miraban. ¿Qué tiene de malo que no quiera morir? ¿Es eso un delito? ¿Y usted, Brown? ¿No tiene miedo? No, ya veo que ni se estremece. Es usted un tipo de aguante, pero apuesto a que por dentro está convertido en jalea.

—Se lo ordeno por última vez, Duke. Enfunde el revólver.

—Lo haré, una vez haya acabado con usted.

Duke levantó el arma, dispuesto a disparar.

Sobrevino un estampido y de pronto, el borracho lanzó un aullido de dolor y arrojó el arma al suelo, al tiempo que caía en tierra.

Todos miraron hacia el lugar desde donde Gilbert Grahame había hecho fuego. Paul Ray, estaba a su lado.

—Me alegro de haber llegado a tiempo, señor Brown —dijo el ex presidiario.

—Soy yo quien agradece más que nadie su oportunidad, Gilbert —sonrió Kirk.

Duke se cogió un brazo, retorciéndose en el suelo de dolor. Manitobi corrió a su lado y luego se acercó también Brown.

La bala había entrado a Duke por el hombro, saliendo por detrás. Sam Wallis empezó a curarlo y mientras tanto, Kirk se acercó a Gilbert, que continuaba a caballo con el revólver en la mano, vigilando al resto.

—¿Encontró el camino, Grahame? —le preguntó.

—Sí, sólo tendremos que cruzar la montaña al otro lado y seguir hacia el Norte. Ha resultado un poco laborioso, pero afortunadamente, hemos tenido suerte.

Kirk observó a Pierre.

—¿Qué dice ahora, Laffite?

El aludido miró de hito en hito a Gilbert y a Brown, y se encogió de hombros, replicando:

—Grahame es demasiado listo para nosotros. No lo ha hecho ahora, pero lo hará más tarde, cuando nos encontremos más cerca del campamento de los pies negros.

No esperó una contestación y echó a andar hacia el lugar donde estaban los caballos.

CAPÍTULO X

Grahame señaló con la mano el deteriorado puente que tenía delante. Estaba hecho con cuerdas y trozos de madera y tenía una longitud de unas diez yardas.

—Es el único paso que existe para llegar al otro lado, Brown —explicó.

Por debajo del puente corría un río que producía un larguísimo eco.

Kirk examinó atentamente el puente y dijo:

—Eso quiere decir que tendremos que abandonar los caballos. El puente no resistiría su peso. Las cuerdas están podridas. No debe haber sido usado desde hace mucho tiempo.

—Lo encontré hace más de diez años, cuando intentaba hallar un paso por las montañas para ir hacia el Norte. El camino que hemos recorrido hasta llegar aquí es lo que nos ha hecho ganar cuatro días. Una vez crucemos el puente, sólo tendremos que caminar cincuenta millas para alcanzar a la tribu de los pies negros.

—Va a ser difícil esa marcha —dijo Brown—. Duke está al término de sus fuerzas y las muchachas, aunque lo disimulan, también se encuentran muy agotadas.

—Cuando sepan que nos encontramos tan cerca de nuestra meta, sacarán fuerzas de flaqueza.

—Sí, quizá tenga razón.

Brown volvió la cabeza atrás. Sus compañeros se habían detenido. Se dirigió a ellos.

—Amigos, nos hallamos a punto de lograr nuestro objetivo. El campamento de los pies negros se encuentra a menos de dos días de este lugar. Hemos de continuar sin caballos.

A Duke le brillaban los ojos, mientras preguntaba:

—¿Qué nueva idea se le ha ocurrido a usted?

—Ese puente que tenemos delante, no puede resistir el peso de los caballos. Puede que ni siquiera el de dos hombres juntos. Habremos de pasar de uno en uno. De modo que tendremos que coger las provisiones que nos sean indispensables y abandonaremos todo lo demás. Si usted quiere pasar con su caballo, no se lo quitaré de la cabeza, pero lo hará en último lugar, una vez estemos todos en el otro lado.

Duke observó el puente y después de tragar saliva, rezongó:

—Está bien, Brown. Usted gana, pasaré también sin mi caballo.

—Pues dénse prisa —gritó fuerte Kirk—; no tenemos tiempo que perder.

Descabalgaron los expedicionarios y diéronse prisa en coger lo que cada uno consideraba indispensable. Luego desensillaron los caballos y éstos, palmeados en las ancas, corrieron ladera abajo, en busca de la libertad.

—Voy a establecer un orden para pasar. Primero lo hará Grahame.

—¿Por qué? —preguntó Laffite.

—Por una simple razón. El puente se puede hundir al paso de cualquiera de nosotros. Por ello es necesario que los que estén al otro lado, tengan la compañía de Gilbert. Es el único que los conducirá a donde están los pies negros.

—¿Y usted, Brown? —preguntó con sarcasmo Danny Roberts—, seguramente pasará después que Grahame, por ser el jefe de la expedición, ¿verdad?

—Se equivoca, Danny. Yo pasaré el último. ¿Alguna pregunta más?

Nadie contestó.

—Está bien. Continuaré entonces. A Grahame seguirá Marion Wallis. Luego Manitobi. A continuación. Sam Wallis.

—No, Brown —se opuso Sam—, yo me puedo quedar con usted.

—Tiene usted más derecho que nadie en razón de edad. No discuta, Sam. Sé lo que me hago. Detrás de usted, irá Laffite.

—¡Maldita sea! —rezongó Duke—. ¿Y yo? ¿Dónde me coloca usted? ¡He de ir con mi mujer! ¡Necesita de mí!

—Creo que no lo necesita mucho, Duke, pero de todas formas, usted irá después de Laffite. Luego Minelli, Danny Roberts, Paul Ray

y por último, yo. ¿Están de acuerdo?

Hubo afirmaciones y movimientos de cabeza, con lo cual quedó aprobado el plan de Brown.

—Bien —dijo Kirk—, a usted le toca abrir la marcha, Gilbert.

Todos se acercaron al puente y Grahame, tras dirigir una mirada a Kirk, empezó a pasar. Las cuerdas del puente se tensaron y los maderos chirriaron siniestramente. Gilbert hubo de detenerse y todos sus compañeros interrumpieron hasta el resuello. Grahame siguió andando lentamente. A cada nuevo paso, brotaba un centenar de crujidos y todos tenían la impresión de que aquellos maderos carcomidos se iban a precipitar en el vacío de un momento a otro. Pero Grahame llegó a la mitad de su recorrido y una vez allí, ató una cuerda que había suelta. Luego siguió hacia adelante. Por fin cuando llegó a la otra parte, todos sus compañeros exhalaron un suspiro de alivio.

—A usted le toca ahora, Marion —anunció Brown.

La muchacha miró a su padre éste y le apretó una mano.

—Anda, ve, hija. Yo pasaré también enseguida.

Marion hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y echó a andar. Pesaba menos que Grahame y le fue mucho más sencillo llegar a la otra parte. Igual ocurrió con Manitobi.

—Le toca el turno a usted, Sam.

El viejo, antes de pasar, le tendió la mano a Brown y mientras cambiaba un apretón, le dijo:

—No sé lo que ocurrirá —dijo Sam—, pero por si acaso deje que le diga que es usted el hombre más valiente que he conocido. Palabra que llegaría a ser un buen cazador.

—Gracias, Sam. Es el mejor elogio que me podía hacer.

El viejo inició el paso por el puente. Éste volvió a crujir como cuando había sostenido el peso de Gilbert. Otra vez los ánimos quedaron suspensos. De pronto, cuando Sam estaba por la mitad, el puente gimió con más fuerza y se oyó un silbido y una gruesa cuerda se cortó. El puente osciló hacia un lado. Sam hizo un esfuerzo sobrehumano para no perder el equilibrio.

Marion y Manitobi lanzaron simultáneamente un grito de terror.

—¡No se ponga nervioso, Sam! —gritó Kirk—, puede usted pasar. No cargue demasiado el cuerpo hacia ese lado. Abra la pierna izquierda.

Sam siguió las instrucciones que le daba Kirk.

—Ahora eche a andar. El pie derecho. Cargue el peso sobre el pie izquierdo. Eso es. Siga andando.

Poco a poco, Sam fue acercándose al otro lado y al fin llegó sano y salvo.

Brown sacó el pañuelo y secó el sudor que perlaba su frente. Luego miró a Laffite y dijo:

—Le toca a usted, Pierre.

El aludido sonrió, diciendo:

—¿Qué espera, señor Brown? ¿Qué me caiga ahí abajo? Así descansaría usted de una vez. ¿No es así?

—Esté, usted en su perfecto derecho si quiere quedarse para el final.

—No, usted es el jefe de la expedición y ha dicho que pasaría detrás de Sam. Yo soy un chico obediente.

Pierre inició la marcha por los podridos maderos. No tuvo necesidad de recibir ningún consejo de Kirk. Sabía bien dónde ponía el pie. Cuando llegó a la mitad se detuvo unos instantes y estudió bien el recorrido que le faltaba por hacer. Luego siguió avanzando con la misma precaución. Pero el puente estaba soportando demasiado peso y crujió de nuevo.

Pierre Laffite se quedó inmóvil, como si de pronto se hubiera convertido en una estatua, oyendo a sus espaldas el horrísono gemido de las tirantes cuerdas.

—¿Qué os pasa, compañeros? —preguntó sarcástico—. ¿Cuántos de vosotros estáis deseando que el puente se hunda? ¿Verdad, Ray? ¿Y tú, Danny? Qué divertido sería para vosotros verme desaparecer. Pero no, compañeros, no os voy a dar ese gusto. El puente va a dejarme cruzar. Ninguna cuerda se va a romper.

El puente seguía balanceándose, amenazando con venirse abajo. Nadie replicó a Laffite y éste soltó una carcajada.

Brown se dijo que aquel hombre estaba loco. ¿Cómo podía hablar así en aquellos momentos en que su vida dependía de un milagro?

Pero Laffite no se equivocó. Salió triunfante de su desafío a la muerte. El puente fue recobrando su inmovilidad poco a poco, como obedeciendo a una voz de mando. Pierre echó a andar de nuevo y lentamente, avanzó hacia el lugar donde le esperaban Gilbert,

Marion, Manitobi y Sam. Cuando estuvo cerca de éstos, dio un gran salto y pasó al otro lado.

Brown dio un nuevo suspiro y dijo a Duke:

—Ahora le toca a usted.

El grandullón se humedeció los labios y tragó saliva.

—¿Cree usted que me sostendrá a mí? Yo peso más que ninguno.

—No le puedo contestar, Duke, pero sí le daré un consejo. No pierda la serenidad en ningún momento. Ya ha visto a Laffite. Debe preocuparse ante todo de no cargar demasiado su cuerpo hacia un lado. Ha de mantenerlo en equilibrio.

Duke asintió con la cabeza, nerviosamente.

—No tiene que preocuparse, Duke. Ya verá cómo todo sale bien. —Brown le palmeó la espalda—. Ande, empiece ya.

Duke se dirigió hacia el puente, pero al llegar a él, se detuvo y volvió la cabeza hacia Brown, el cual le sonrió suavemente, diciéndole:

—Apuesto a que lo consigue como los demás.

Duke se quedó un momento inmóvil, pero al fin volvió los ojos al puente y echó a andar.

De pronto, se oyó la voz de Laffite:

—¡Quédate donde estás, Duke! ¡Te evitaré el mal rato que vas a pasar!

Todos dirigieron la mirada hacia el que acababa de hablar. Se había apartado del grupo integrado por Grahame, las dos jóvenes y Sam, y se encontraba con el pie derecho apoyado en una piedra, esgrimiendo un revólver con la mano derecha.

Kirk sintió que el corazón le daba un vuelco. Ya había llegado lo que tanto temió hasta entonces y soltó una imprecación para sus adentros, por no haberlo sabido evitar.

—¿Qué es lo que piensa, Brown? —sonrió Laffite—. Sea lo que sea, deséchelo de su cabeza.

—¿Qué es lo que le pasa, Laffite? —preguntó el joven—. Creo que no es momento para gastar bromas.

—¿Bromas? —Laffite soltó una carcajada—. No, jefe, no se trata de ninguna broma. En mi vida he hablado más en serio.

Gilbert Grahame se llevó la mano a la funda, pero Pierre lo vio y le detuvo con un gesto.

—¡Atrévete, Gilbert, y te destrozo la mano! Me interesa que

estés vivo…, por ahora.

—¿Qué es lo que pretende, Pierre? —preguntó nuevamente Brown.

—Antes de decírselo, quiero, asegurarme contra cualquier sorpresa. Saquen las armas y arrójenlas al abismo. Esta orden reza igual para todos, y usted, Brown, tenga mucho cuidado. Ha hecho demasiadas exhibiciones con la pistola, para saber que posee una condenada rapidez. Vacile un segundo y le meto una bala entre ceja y ceja. Vamos, ¿qué estáis esperando? ¡Todas las pistolas al río!

El primero en obedecer fue Danny Roberts. Luego le imitaron los demás, pero Brown seguía inmóvil.

—¿Qué le pasa, jefe? —le dijo Laffite—. ¿Es que prefiere morir ahora?

Brown cogió su revólver y lo arrojó al abismo.

—Tú también, Marion. Sólo queda tu pistola. Anda, tírala.

La muchacha lo miró con ojos furibundos.

—¿Es que has perdido el juicio, Pierre?

—En mi vida me he encontrado mejor. Anda, obedece.

—¡No!

—¿De veras?

—¡No te atreverás a pegarme un tiro a mí!

—No, a ti no, pero a tu padre sí. Tu vida es demasiado preciosa para mí. Tira ese revólver o te juro que le meto a tu padre una bala en el estómago.

Laffite apuntó al viejo Sam.

—¡Perro traidor! —exclamó la joven, pero al ver la decisión que había en los ojos de Laffite, tiró su arma.

—Estupendo —rió Laffite—. Sabía que todo saldría bien.

—Estamos esperando oír sus planes, Pierre —le anunció Brown.

—Los van a saber enseguida. Sólo los que estamos en esta parte, iremos al campamento de los pies negros. Ustedes, se quedarán ahí.

—¡No hagas eso! —gritó Duke—. Yo quiero ir contigo también, Pierre.

—No, Duke, ya somos bastantes.

—¿Por qué? —preguntó Charles Minelli.

—Tengo suficientes razones para condenaros a permanecer ahí —dijo Laffite—. A ti, Roberts, porque eres un presuntuoso y porque Marion siempre prefirió tus zalamerías, pero ahora ella no podrá

dejarme de lado, porque va a ser mía.

—¿Qué dices? —preguntó la joven, asombrada.

—Lo que oyes, preciosa. Ya sé que no soy tu tipo. Por eso me propuse esperar hasta que llegase el momento preciso y éste se ha producido ya. Nosotros iremos a la tribu de los pies negros y beberemos ese antídoto contra el okarpi. Luego, tú, Marion, vendrás conmigo. Nos iremos al Canadá los dos.

—¡No conseguirás que vaya! —gritó la muchacha.

—Sí, ricura, vendrás conmigo porque de lo contrario mataré a tu padre. Ésa será la carta que me de el triunfo. Dejaré vivos a tu padre y a Manitobi si consientes en unirte a mí. ¿Qué te parece? ¿Está bien pensado?

Marion se mordió el labio inferior, dándose cuenta de su impotencia. Luego, Laffite miró a los hombres que estaban enfrente.

—En cuanto a vosotros, compañeros, vais a tener una dulce agonía. Ya habéis oído a Gilbert. Éste es el único paso que existe y yo lo voy a destruir. Os quedarán tres o cuatro días de vida. Nunca podréis llegar a tiempo.

—¡No, Pierre! —gritó nuevamente Duke—. ¡Tienes ahí a mi mujer! ¡Déjame que pase! ¡He sido siempre un buen amigo tuyo, tú lo sabes!

—¡No, Duke, no me gustan los tipos cobardes como tú! Siempre pensé que eras un sujeto sin agallas y en estos últimos días lo has demostrado bien. Para ti es mejor que mueras de una vez. Nunca fuiste un buen cazador. Te hubieses marchado de buena gana de nuestro lado, pero tu misma pobreza de espíritu te impidió ir a un mundo desconocido.

—¡Escucha, Pierre! —exclamó Duke—. Tengo algún dinero ahorrado. Quinientos dólares. Los escondí a tres días de viaje de Aberdeen. Déjame que vaya con vosotros y me libre de este maldito veneno. Luego regresaremos y te daré todo el dinero.

—No, Duke.

—¡Nadie te podrá hacer daño, porque éstos habrán muerto ya! ¿Te das cuenta? ¡Quinientos dólares!

Los ojos de Duke se llenaron de lágrimas.

—¿Quieres callarte de una vez? —dijo Laffite, despreciativo.

Duke dio un paso y se metió en el puente.

—Tú no puedes hacer eso conmigo, Pierre —suplicó—. Déjame

que llegue al otro lado y seré tu esclavo. ¡Te daré todo lo que quieras, lo que me pidas!

—Quédate donde estás, Duke.

El grandullón siguió andando con el torso echado hacia delante y el puente empezó a crujir de nuevo.

—¡Ya estoy en la mitad, Pierre! Te lo pido por favor; ¿por qué no has de dejar que te acompañe? Necesitas un hombre de confianza por si Gilbert te tiende una trampa. ¡Yo le vigilaré!

—No, Duke. Apelación rechazada. Vuelve atrás.

Pero Duke continuó adelante. Los maderos rechinaron y las cuerdas tensas empezaron a ceder. El puente se hundió unas pulgadas. Duke miró al fondo un instante y lanzó un grito de horror.

—¡Pierre, déjame que pase! ¡Esto se hunde!

—Tú te lo has buscado. Si das un paso más, te mato.

—¡No puedes dejarme aquí! ¡Se viene abajo, Pierre!

Duke gesticulaba, mientras sus ojos desorbitados derramaban torrentes de lágrimas.

—¡No quiero morir! ¡No quiero! ¡Déjame pasar, Pierre!

De pronto se oyó un estruendo y el puente se vino abajo. Duke perdió el equilibrio y se fue al fondo lanzando un alarido de terror.

Luego, todo quedó en silencio y del puente no quedó más que unas cuerdas que colgaban de sus puntos extremos.

—¡Maldito seas, Pierre! —gritó Minelli—. ¡Has dejado morir a un compañero!

Laffite rompió a reír otra vez.

—Anda, desahógate, Charles. Insúltame cuanto quieras. ¿Qué importaba su vida al fin y al cabo? Era sólo un gigante sin corazón.

Manitobi se dejó caer en el suelo, mientras sollozaba ocultando el rostro entre las manos. Marion fue a su lado para confortarla.

Brown apretó rabiosamente los dientes.

—Es la más sucia canallada que he visto cometer a un hombre en mi vida. ¡Y le juro que lo pagará!

—No debe pensar en la venganza —replicó Laffite, sarcástico—. Ustedes se van a quedar ahí y yo continuaré el viaje. No podrán pasar jamás y dentro de tres o cuatro días, empezarán a agonizar. No, Brown, están condenados a muerte. Nada les podrá salvar. Podría pegarles un tiro a cada uno, pero yo prefiero pensar que

están ahí desesperados y que quizá terminen por arrojarse ustedes mismos al vacío. Es lo que harán cuando se den cuenta de que no hay salvación posible. Sólo voy a hacer una excepción. —Los ojos de Laffite se fijaron en Ray—. Tú, maldito comerciante, embustero. A ti te voy a matar por mis propias manos.

Paul Ray sonrió levemente, afirmando con la cabeza.

—Sé cuánto me odias, Laffite, y que cuanto yo diga no ha de servir de nada, pero de todas formas, ahí va. Estás equivocado. Yo jamás he pretendido aprovecharme de vosotros. Os tomé afecto y siempre he querido comportarme del mejor modo posible con vosotros. Os he pagado siempre las pieles a un precio razonable, dejando un pequeño margen para mí. Vosotros teníais la tradición de que el cazador que llegase en último lugar, tendría que apechugar con un precio más bajo. Yo acataba esa costumbre porque servía más de broma que de otra cosa. Pero luego, al ir a comprarme las provisiones, yo procuraba favorecer al que había recibido un precio inferior, entregándole la diferencia en mercancías. Así todo quedaba en su sitio y el interesado no podía sentirse perjudicado. Quizá si hicieses un esfuerzo de memoria, llegases a ver esto claro, pero no, tu odio hacia todos no te lo permite.

—Un buen discurso para despedida. Pero como tú has dicho, no te sirve de nada. Continúa, suplícame por tu vida.

—No, Pierre, yo no soy Duke y cuanto he dicho no ha sido una súplica. Sólo deseaba que lo supieses para que comprendas lo horrible que es tu crimen. Dispara ya. Estoy preparado.

El rostro de Laffite se ensombreció. Era indudable que esperaba ver a un Paul Ray distinto. Creyó que el comerciante iba a implorar piedad como Duke, pero no había sido así y sus ojos brillaron rabiosamente.

—Bien, comerciante, ahí va lo tuyo.

Apretó dos veces el gatillo y se oyeron otros tantos estampidos.

Ray estaba cerca del abismo y se dobló al recibir los impactos, pero todavía levantó la cabeza y haciendo una mueca de dolor, miró al hombre que lo mataba.

—No puedes salir triunfante, Pierre. De un modo u otro… el destino… te hará pagar… esto.

Luego derrumbóse y cayó al vacío.

Durante unos segundos, sólo se oyó el fragor del agua que corría abajo.

Luego, el aire quedó cortado por la risa espasmódica de Laffite.

—¡Ha sido un buen final! —exclamó.

Brown se mordió el labio inferior hasta sentir el sabor acre de la sangre. Luego, dijo:

—No olvide sus palabras, Laffite. Tenga por seguro que Ray no se equivocará. Usted tendrá su merecido.

Laffite le miró fijamente.

—Si espera que también le pegue un tiro, se equivoca. Ya le he dicho que prefiero pensar en los sufrimientos atroces que les esperan. Y ya está bien de cháchara. Nos vamos —se volvió hacia el grupo que tenía cerca de él y dijo—: Tú, Gilbert, en cabeza, detrás Sam y a continuación Manitobi. Luego mi preciosa Marion y por último, yo. Y ojo con lo que hacéis. Al que intente algo contra mí, no le permitiré llegar a la tribu de los pies negros. ¡Vamos, echad a andar!

Grahame miró un instante a los compañeros que quedaban al otro lado y luego emprendió la marcha. Antes de desaparecer, Laffite volvió la cabeza y sonrió a los tres hombres que él mismo había sentenciado a una muerte cierta.

CAPÍTULO XI

—¡Condenado asesino…! —exclamó rabiosamente Danny, cuando Pierre Laffite se hubo marchado.

Minelli se dejó caer en el suelo y dijo con voz compungida:

—Sabía que tenía el odio metido en el cuerpo, pero nunca le creí capaz de hacer una cosa como ésta.

—¿Es que van a darse por vencidos? —inquirió Kirk—. ¡Hemos de seguir luchando!

—¿De qué forma? —dijo Danny—. ¿Es que no ha oído a Grahame? Éste era el único paso que existía par llegar a la otra parte, y si él lo dijo, tenga la seguridad de que es así. Gilbert debió inspeccionar este abismo en una extensión de muchas millas.

—Bueno, él era un hombre solo, nosotros somos tres. Podemos buscar un lugar en que el paso pueda ser menos arriesgado.

—No le comprendo, Brown. ¿Cree que nos van a crecer alas?

—Siguiendo el descenso del río quizá tengamos suerte en encontrar un lugar al que podamos bajar.

—Asómese y comprenderá lo infundado de sus esperanzas. Las paredes están cortadas a pico. Usted no conoce este territorio, pero nosotros, sí. Tendríamos que avanzar en dirección Sur más de cien millas para encontrar un lugar de este río que fuera vadeable.

—¿Qué quiere entonces? ¿Que nos quedemos aquí cruzados de brazos a esperar nuestra última hora? Eso es lo que ha pensado Laffite que haremos, pero se equivoca en lo que a mí se refiere. Trataré de encontrar una salida, aunque tenga que gastar mis últimas energías.

Hubo un largo silencio y al fin Charles Minelli, dijo:

—Creo que Brown tiene razón, Danny. Después de todo, quizá tengamos suerte.

—Está bien —asintió Roberts—. Aunque sólo sea porque quiero morir acompañado, iré con ustedes.

—Pues no perdamos más tiempo —dijo Kirk—. ¡Adelante!

Los tres hombres cogieron las pocas provisiones que se habían reservado al despedir a los caballos y echaron a andar, siguiendo el curso descendente del río.

Tal como había dicho Danny, empezaron a transcurrir horas sin que aquel precipicio cortado a pico variase en lo más mínimo. De vez en cuando, Kirk se detenía y tendido en tierra, miraba al fondo.

Minelli y Danny lo observaban hasta que él se levantaba y con un movimiento negativo de cabeza, reemprendían la marcha.

Esta escena se repitió una docena de veces. Danny andaba ya renqueante, porque Kirk imprimía a su paso una gran rapidez. Cuando faltaban unas dos horas para que el sol se pusiese, Danny se echó a tierra, exclamando:

—¡Es una locura, Brown, ya se lo dije! Si encontramos un lugar desde el que podamos pasar al otro lado, será demasiado tarde. Eso puede ocurrir mañana, o pasado, pero entonces ninguno podremos llegar a tiempo al campamento de los pies negros.

Minelli y Kirk se miraron descorazonados y sentáronse también.

Minelli aprovechó la pausa paca reponer fuerzas, empezando a comer un gran trozo de tocino. Kirk prefirió liar un cigarrillo y Danny se quedó tendido en el suelo con los ojos cerrados, respirando entrecortadamente.

—¡Este maldito río! —rugió Kirk—. Si hubiese alguna forma de cruzarlo…

—Bueno, ¿por qué no se asoma? —dijo Minelli—. Esta vez no lo ha hecho.

Brown miró unos segundos con el ceño fruncido a su compañero. Iba a contestarle que no hacía falta, pero arrojó el cigarrillo lejos de sí y gateó hasta el fondo del abismo. Allí miró hacia abajo y permaneció en aquella actitud mirando de derecha a izquierda durante algunos minutos. De pronto, gritó fuerte:

—¡Venga acá, Charles!

Minelli se apresuró a ir a su lado.

—¿Qué es lo que pasa?

—Tiéndase y observe lo que le voy a señalar.

Charles obedeció.

—¿Ve aquello que hay allí abajo, Charles? ¿Aquella gran roca que hay en mitad del curso del río?

—Sí, pero es una lástima que no haya más rocas entre ésa y la orilla.

—Podemos saltar.

—¿Se ha vuelto loco? Tendríamos que pegar un salto de varias yardas.

—¿No lo podríamos intentar, siendo así que vamos a morir de todas formas?

—El que caiga al agua no lo cuenta, pero valdrá la pena intentarlo.

Minelli se pegó una palmada en la frente, diciendo:

—¡Demonios, me ha sugestionado usted! Dando por bueno el salto, ¿de qué forma vamos a llegar abajo, y luego cómo nos las arreglaremos para subir?

—También lo he tenido en cuenta. —Kirk cambió la dirección de la mano hacia el lado opuesto en que se encontraba la roca—. Fíjese en esos intersticios que hay allí arriba y observe que en la parte de enfrente hay otra formación igual.

—¡Canastos! Necesitaremos convertimos en arañas para lograr agarrarnos a esa pared.

—Somos algo más que arañas, Charles. Tres hombres desesperados, cuya única salvación está en lo que le acabo de indicar.

Los dos hombres se miraron fijamente y al fin Charles Minelli, asintió con la cabeza.

—Estoy con usted, Brown.

Oyeron la voz de Danny a sus espaldas.

—Les he estado oyendo. ¿Qué nueva locura se le ha ocurrido, Brown?

—Venga aquí y lo verá.

Kirk volvió a repetir a Danny cuanto había dicho a Minelli, y Roberts emitió su opinión.

—Creo que caeremos al río, pero quizá sea eso lo mejor. Nos evitará una lenta agonía. Lo intentaré con ustedes.

—Pues manos a la obra. Hemos de aprovechar los últimos rayos de sol. Si esperásemos a mañana, sería demasiado tarde. ¿Quién baja primero?

Danny tragó saliva y Minelli se mantuvo indeciso también.

—Creo que será mejor que abra la marcha usted, Brown —dijo al fin Charles—. Es el más animoso y si consigue hacerlo, nos dará fuerzas a nosotros para intentarlo con más seguridad.

—De acuerdo, creo que invertiré unos veinte minutos en llegar abajo. Inmediatamente que me haya apartado del borde, empiece a descender usted, Danny.

Los tres hombres cambiaron un apretón, deseándose suerte. Inmediatamente, Kirk se dirigió al lugar en donde la pared ofrecía las irregularidades y se descolgó.

Charles y Danny, conteniendo la respiración, lo vieron descender muy lentamente, asegurándose dónde ponía el pie, pero al cabo de quince minutos había conseguido llegar abajo y se acercaba al lugar en donde se encontraba la roca. Danny dio un suspiro y se puso también a descender.

Kirk se dio cuenta de que la distancia le había traicionado. La roca se encontraba más lejos, viéndola de cerca. Ahora supo que nunca podría caer de pie sobre ella, pero no se volvió para informar a sus compañeros. De todas formas, tenía que intentarlo. El agua corría a una velocidad vertiginosa, produciendo un ruido ensordecedor. Sólo quedaba una solución. Dar un salto cuan largo fuese y lograr aferrarse a la piedra, al tiempo que el cuerpo se hundía en el agua.

Llenó los pulmones de aire y se lanzó. Sintió que cruzaba raudo el espacio y que sus pies entraban en contacto con el agua. Tenía los ojos bien abiertos y vio lo que tenía ante sí. Estiró los brazos cuanto pudo. El agua lo empujó brutalmente, pero él hizo un esfuerzo sobrehumano para resistir el embate. Sintió que las yemas de sus dedos adheridas a la roca como ventosas se desgarraban, pero entonces se impulsó hacia arriba y logró ponerse en pie. Se miró las manos. Estaban bañadas en sangre. Entonces volvió la cabeza hacia atrás.

Danny estaba enfrente ya.

—¡No lo podré hacer, Brown!

—¿No ha visto cómo lo he hecho yo?

—Usted es mucho más ágil que yo.

—Pero yo estaré aquí para cogerle del brazo. ¡Vamos, Danny! Charles está llegando ya cerca de usted. No podrán permanecer los

dos ahí. Se caerían, empujándose el uno al otro.

Danny se mordió el labio inferior, mirando las traicioneras aguas.

—¡Está bien! —dijo—. ¡Voy allá!

Se agachó, impulsando los brazos hacia atrás y dio el salto.

Kirk supo al instante que era demasiado corto y clavó las rodillas en la roca, alargando el brazo. Danny se hundió en el agua, lanzando un aullido, pero Kirk logró sujetarlo de una muñeca.

Se produjo un terrible golpe cuando el agua impulsó hacia abajo a Danny. La mano ensangrentada de Brown resbaló por la carne de Danny, pero aún pudo aferrarlo por los dedos.

—¡Mueva los pies, Danny! ¡Impúlsese hacia mí! ¡Haga un esfuerzo!

Pero Danny, luchando por asomar la cabeza por encima de la superficie, gritaba:

—¡No puedo, señor Brown! ¡No puedo! ¡Me estoy ahogando!

—¡Inténtelo! —le chilló Kirk, haciendo un esfuerzo sobrehumano para atraer a su compañero.

Su mano resbalaba pulgada a pulgada.

—¡Déjeme, Brown! ¡Sálvese usted! ¡Caerá también conmigo!

Kirk estaba ya al borde de la roca y sabía que de persistir en su intento para salvar a Danny, él también se desplomaría en la impetuosa corriente.

De pronto, Danny dio un tirón y se desasió de la mano que lo sujetaba. Inmediatamente desapareció bajo las aguas.

Kirk se levantó sobre la roca con el corazón encogido. Danny, a última hora, había tenido un gesto noble, prefiriendo morir sólo a arrastrar tras sí a un camarada.

Minelli había asistido mudo a la escena y tenía el rostro lívido, empavorecido.

—Ya lo ha visto, Charles —dijo Kirk, con voz ronca—. He hecho todo lo que he podido.

—Sería mejor que saltase usted al otro lado, Kirk —repuso Minelli—. Quizá no tenga tanta suerte conmigo.

—No diga tonterías. Usted saltará bien y en un segundo, lo izaré. Sólo tiene que exigir de su cuerpo un buen esfuerzo cuando le tire hacia adelante. De lo demás, me encargo yo. ¡Pero estire bien los brazos cuando esté cayendo!

—De acuerdo.

Minelli hizo acopio de sus energías y, saltó.

Kirk lo vio llegar y antes de que sus pies desapareciesen en el agua, lo agarró bien por el brazo y tiró de él hacia arriba.

Ambos cayeron en la roca, dándose un terrible golpe en las espaldas.

Luego se levantaron, sonriendo.

—¿Qué estamos esperando? —dijo Charles—. Tengo ganas de que ese Laffite lleve su merecido.

Les fue más fácil llegar a la otra parte, porque había menos distancia y tampoco encontraron mucha dificultad en ascender, adhiriéndose a las irregularidades de la pared. Una vez llegaron arriba, se tendieron cara al cielo y cerraron los ojos.

Jamás ninguno de ellos en su vida había pasado por trance tan peligroso.

Capítulo XII

Se hallaban descansando a la orilla de un riachuelo. Pierre Laffite tenía el revólver en la mano, para evitar cualquier sorpresa.

—¿Cuánto falta para llegar? —preguntó a Grahame. Gilbert señaló hacia el Norte.

—Una vez pasemos aquella quebrada, hay un valle. Allí están acampados los pies negros.

Laffite sonrió.

—Así pues, sólo faltan dos horas. ¡Vamos, compañeros, animen esas caras! Dentro de un rato, nos habremos salvado. Será mejor que nos pongamos en marcha.

Marion estaba atendiendo un pie de Manitobi, el cual estaba enormemente hinchado.

—Manitobi no puede caminar —dijo la joven, mirando a Pierre.

—¿Y a mí qué me importa? ¡Tiene que hacerlo!

—¡Te he dicho que no puede! —gritó Marion.

Laffite sonrió, mientras apuntaba a la india con el revólver.

—De acuerdo. Si no puede, haré con ella lo que se hace con los caballos.

—¿Serías capaz de tal cosa?

—¿Qué me aconsejas tú? Aquí no hay árboles para construir una camilla. Tampoco podemos detenernos ni ir al ritmo de su marcha.

Grahame intervino para decir:

—No es necesario que te manches las manos más de sangre, Laffite. Yo la llevaré en brazos.

—¡Estupendo! —sonrió malévolamente Pierre—. ¡Eres muy humanitario, Grahame! Si el jurado que te condenó te viese ahora, dudaría de que tú hubieses dado muerte a O'Connor.

Grahame lo miró con fijeza y repuso gravemente:

—Aquello ya pasó. Pierre. Cumplí mi condena.

—Sí, Gilbert, la cumpliste. Pero tú mismo dijiste que habías vuelto a Aberdeen para demostrar tu inocencia. ¿Crees que lo vas a conseguir?

—No he perdido las esperanzas.

Pierre soltó una carcajada y dijo, quedándose repentinamente serio:

—No, Grahame. No te voy a dar esa oportunidad. Ahora que estamos cerca de nuestra meta, te lo voy a decir.

—¿Qué, me vas a matar lo mismo que hiciste con
O'Connor?
—Gilbert hizo una pausa y añadió—: Eso ya lo sé hace mucho tiempo.

Laffite se quedó inmóvil un rato, sorprendido por la respuesta que acababa de recibir.

—¿De modo que lo sabes?

—Sí, Pierre. Aquella mañana que visité a
O'Connor
me explicó que estaba esperando una visita. No me dijo quién era, pero luego, en la cárcel, me percaté de que no había podido ser otro que tú. Declaraste ante el tribunal de Fort Hall que nos habías descubierto discutiendo desde un monte cercano a la cabaña de
O'Connor
y añadiste que no pensaste en aquel momento que nuestra riña tuviese malas consecuencias y que por esto te marchaste. Eso fue lo que sirvió al jurado para declararme culpable, porque yo confesé que le debía a
O'Connor
doscientos dólares; pero entre él y yo no pasó nada. Le pedí una prórroga para el pago de la deuda y él me la concedió. Nos separamos amigos. No hubo discusión. Por lo tanto, si tú me viste con él y trataste de acusarme, fue porque tú eras el hombre que él esperaba. Yo estaba tan confuso durante el juicio que no comprendía lo que había detrás de tus palabras.

—Te lo explicaré, Gilbert, y así morirás más satisfecho. Yo también le debía dinero a
O'Connor,

quinientos dólares, y cuando os vi hablando, se me ocurrió la bonita idea de liquidar aquella cuenta pendiente, librándome de mi acreedor. Sería fácil cargarte la culpa a ti. Tú siempre has sido un hombre torpón. Te conocía bien para saber que te harías un lío cuando la policía te echase mano. Bajarías los ojos y aceptarías lo que viniese.

Grahame meneó la cabeza en sentido afirmativo.

—Has sido muy astuto, Pierre, pero quizá alguna vez tu estrella te falle.

—No, Gilbert, yo no creo en eso. No hay estrellas buenas ni estrellas malas. Un hombre depende solamente de sus actos y, si se preocupa de rodearlos de legalidad, todo marcha bien.

—¿De veras? ¿Y qué vas a hacer con nosotros?

—A ti te mataré, Grahame, porque serías capaz de seguirme hasta el fin del mundo. Sam Wallis y Manitobi podrán contarlo. Ella es una india, a la que no harán caso y a Sam le convendrá tener la boca cerrada porque si descubro que un policía me sigue, mataré a su hija.

Sam Wallis se levantó, exclamando rabiosamente:

—¡Jamás pensé que entre los cazadores hubiera un hombre como tú, Pierre Laffite! ¡Sólo eres un sucio canalla!

Marion fue ahora quien, mirando con ojos cargados de odio a Pierre, dijo:

—¡Eres un repulsivo sapo, Laffite!

—No te preocupes, preciosa, ya te pareceré el más atractivo de los hombres. Eso ocurrirá cuando pasen meses sin que veas a otro hombre más que a mí. ¡Y ahora, basta de discursos! Tú, Grahame, carga con Manitobi, pero harás bien en mover rápidamente las piernas. No quisiera matarte aquí. Deseo hacerlo a la vista del valle. Será un buen escenario para el final.

Grahame cogió a Manitobi en brazos y echó a andar. Tras él lo hicieron Sam Wallis y su hija, caminando en último lugar Pierre Laffite.

Al cabo de una hora y media estaban llegando al montículo desde donde debían divisar el valle. Sólo les faltaban treinta yardas.

—¡De prisa! —ordenó Pierre—. ¡Tengo ganas de llegar!

El terreno era abrupto. A un lado, a la derecha, había enormes rocas desprendidas desde hacía siglos de lo alto de la montaña.

—¡Caminad deprisa! —gritaba Laffite, cada vez más excitado.

De pronto, de detrás de una roca surgió una forma humana que se lanzó sobre él.

Pierre lanzó un grito al ver que perdía el equilibrio. En ese instante, sintió un golpe en el brazo armado y dejó caer el revólver. Rodaron por el suelo y de pronto el cuerpo que le atenazaba, le dejó libre. De su garganta brotó un rugido de odio cuando vio frente a él a Kirk Brown.

—¡No puede ser! —exclamó, incorporándose.

—Sí, Laffite, soy yo, y ahí está Minelli. —El joven mostró las palmas de sus manos heridas—. Logramos pasar él y yo, pero Danny se quedó en el río. Hemos tenido que andar sin descanso durante toda la noche para lograr sacaros delantera.

Minelli apareció por detrás de una piedra y cogió el revólver, que estaba en el suelo.

—¿Qué vas a hacer, Charles? —preguntó Laffite, con los ojos desorbitados—. ¿Es que me vais a matar?

Kirk meneó la cabeza en sentido negativo.

—No, Pierre. Soy inspector del Gobierno. ¿No te acuerdas? Serás juzgado legalmente, pero ten por seguro que no te salvarás de la horca.

Pierre se llevó la mano instintivamente al cuello.

Tras una pausa, Kirk ordenó:

—¡Echa a andar, Laffite!

Pierre pasó junto a Brown, caminando monte arriba, pero de pronto, al pasar junto a Minelli, pegó a éste un puñetazo en la cara, al tiempo que con la otra mano le cogía el revólver. Kirk estaba atento y se abalanzó sobre él, descargándole un puñetazo en el estómago. Minelli había logrado atenazar el arma y Laffite luchó a la desesperada. Replicó con un izquierdazo que envió a Brown contra las rocas y luego corrió para aplastarle la cara con el pie. Kirk tiró de la bota, haciéndolo caer. Luego, ambos se enderezaron, intercambiando unos cuantos golpes. Siguieron ascendiendo, peleando, cayendo por tierra, levantándose, y llegaron hasta el borde del acantilado.

Los que había abajo seguían ansiosos la feroz pelea.

Los dos rivales quedaron cerca del abismo, disparando sus puños uno contra el otro.

Laffite golpeó en el plexo solar a Kirk y éste trastabilló hasta el borde. Marion lanzó un grito de horror.

Pero Kirk logró mantenerse inmóvil cerca del filo y cuando Laffite se abalanzaba sobre él, lo detuvo en seco con un golpe en el hígado. Luego, saltando a un lado, le estrelló otro puño en el mentón.

Pierre Laffite abrió los brazos, mirando hacia el vacío que tenía ante sí y aulló terroríficamente, al tiempo que se desplomaba.

El cuerpo cayó pesadamente, chocó contra una roca y siguió cayendo hasta quedar en el suelo, en la fresca hierba, destrozado, muerto.

Kirk miró el cadáver desde arriba, jadeante y luego, empezó a descender.

Todos cuantos había abajo estaban sobrecogidos. El inspector del Gobierno se detuvo cerca de ellos, en la ladera, sacó un pañuelo y se limpió el sudor de la cara; luego, señaló hacia la cúspide del monte y dijo:

—Será mejor que continuemos, no tenemos tiempo que perder.

Dio el ejemplo y echó a andar.

Grahame volvió a coger en brazos a Manitobi y, como estaba más adelantado que ninguno, continuó abriendo la marcha.

De pronto, Minelli dio un quejido y se dejó caer, clavando las rodillas en tierra. Marion y Kirk fueron en su ayuda.

—Continúen ustedes —dijo Charles—. Yo sabré arreglármelas solo.

—No sea terco —le dijo Kirk—. Páseme un brazo por el cuello. Ya falta poco para llegar.

Minelli obedeció y, al incorporarse, sonrió, diciendo:

—El veneno está actuando ya en todos nosotros. ¿No tienen un espejo para verse la cara? Están completamente pálidos.

—Antes de diez minutos estaremos con los pies negros —dijo Kirk—, y esta pesadilla habrá acabado de una vez.

Grahame estaba llegando ya a la cumbre.

Echaron a andar. Sam Wallis renqueaba delante de ellos.

Minelli se mordió el labio inferior, haciendo esfuerzos por soportar el dolor que le corroía el estómago.

Vieron que Gilbert Grahame había llegado con Manitobi a lo alto.

—¿Qué le pasa a Gilbert? —dijo Minelli—. Parece demasiado tranquilo.

Apretaron la marcha y llegaron arriba, al mismo tiempo que Sam Wallis.

Todos ellos quedaron mirando hacia el valle que se ofrecía a sus ojos y el mayor desconsuelo se apoderó de sus corazones, porque allí abajo no había nadie, ni la menor señal de que en aquel lugar se hubiera establecido un campamento.

—¡Santo cielo! —exclamó Sam—. Hemos agotado nuestro último cartucho.

Minelli se desasió del cuello de Kirk y se arrojó al suelo, presa de una risa histérica.

—¡Ésta sí que es buena! —gritaba entre convulsiones—. ¡Hemos hecho más de trescientas millas desde Aberdeen y ya ven el resultado: todo ha sido inútil!

Grahame dejó a Manitobi en la fresca hierba y volvió el rostro hacia Kirk.

—Lo siento —se disculpó con voz lúgubre—. Hubiese jurado que estarían aquí.

—Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que usted y ellos estuvieron juntos —comentó Kirk— pero no tiene que lamentarse. Usted ha obrado de buena fe y ha hecho lo que ha podido.

De pronto, el joven sintió un gemido a sus espaldas y al girar, vio a Marion llorando, con la cara escondida entre las manos. El se acercó a ella y, tocándole el cabello, dijo:

—¿Tiene miedo a morir, Marion?

La joven levantó el rostro y, clavando sus ojos en los de él, contestó:

—No, no es eso.

—Entonces, no es importante.

—Hay algo que tengo que decirle ahora que se acerca el final.

—¿Qué es ello?

—Me he comportado muy mal con usted desde el principio; no mereció que yo pensase tan mal de usted.

—Yo también tengo que decirle una cosa a usted, Marion —murmuró él.

Sobrevino un silencio, y a continuación él, dijo:

—La quiero a usted, Marion.

La joven se quedó un rato inmóvil y después se limpió los ojos con la manga de ante.

—Dice eso por compromiso, señor Brown. Porque usted sabe que ya no hay salvación para nosotros.

El negó con la cabeza y se agachó sobre la joven.

Aplicó las palmas de sus manos sobre las mejillas femeninas y la besó en los labios suavemente.

—No, Marion —dijo cuando se separaron—. No existe ningún compromiso. Te quiero de verdad, con todas mis fuerzas.

Ella, entonces, le echó los brazos al cuello y lo besó.

De pronto, en el atardecer frío, un tam-tam rasgó el aire.

Marion y Kirk se separaron.

Charles Minelli se levantó del suelo y quedó con el torso echado hacia delante, mirando allá abajo, hacia el bosquecillo que había a la derecha del valle.

Sam soltó un salivazo de tabaco y su respiración se hizo jadeante.

Gilbert Grahame señaló hacia los abetos, gritando con voz fuerte:

—¡Están allí! ¡Son ellos!

Y volvió la cara hacia sus compañeros, con los ojos llenos de lágrimas, al tiempo que en su rostro se reflejaba una gran alegría.

—¿Qué estamos esperando? —exclamó Sam.

Kirk se enderezó, abarcando por la cintura a Marion.

Grahame cogió a Manitobi de nuevo en brazos y le dijo:

—¿No lo oyes? ¡Son los pies negros…! Ellos nos salvarán.

Y simultáneamente, todos los componentes del grupo echaron a correr por la verde pradera hacia donde estaban acampados los indios.

El sol, en su ocaso, teñía de rojo el horizonte.

Marion y Kirk avanzaban ligeros, cogidos de la mano.

Ellos iban a encontrar ahora, con la resurrección, una nueva vida.

FIN